

# CENIT

*sociología*  
*ciencia — literatura*



John Reinbow: El eterno problema de la libertad.— Eugen Belgis: Optimismo biológico.— Cerebro e inteligencia.— A. Prunier: Los desheredados del humor.— Tony Gibson: El niño.— Campio Carpio: Civilización contra civilización.— Puyol: La ruta sin fin.— Novela fantástica y real.— Vladimir Muñoz: Armand, decano de los pensadores anarquistas.— Hem Day: Valor literario de William Godwin.— Pedro Vallina: La disenteria.— Ugo Fedeli: Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana.— Fritz Brupbacher: Marx y Bakunin.



SEPTIEMBRE  
1953

# 33

Revista Mensual

Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

### Luis Van Beethoven

Célebre compositor alemán, natural del Bonn (1770-1827). Su inmensa obra puede dividirse en tres estilos bastante característicos. El primero se resiente de la influencia de Hayden y de Mozart; en el segundo se revela plenamente el genio; y en el tercero, según unos, se muestra superior a los precedentes, según otros, se manifiesta una decadencia gloriosa debido a la terrible enfermedad (sordera) que le aquejó a partir de los treinta años.

He aquí la prodigiosa obra de Beethoven: nueve «sinfonías», seis «concertos» para piano y orquesta, diez y siete «quatuors» para instrumento de cuerda, once «trios» para piano, violín y violoncelo, treinta y dos «sonatas» y seis «sonatinas» para piano y violín, una ópera: «Fidelio», un oratorio: «El Cristo en el Monte de los Olivos», cuatro oberturas: «Coriolán», «Egmont», «Las ruinas de Atenas» y «Prometeo», una «Misa solemne en ré mayor», etc., etc.

Sobre este extraordinario músico Eduardo Herriot ha escrito:

«Su obra nunca pareció más joven en aquellos tiempos en que las multitudes de todos los países se acercaban a ella para descubrir mejor que los diletantes, lo que hay en esa música tan profundamente humano... ¡Almas sufrientes, almas generosas: tomad a ese hombre por compañero!»

### LA PENSÉE CHINOISE ET SON ROLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por **Paul GILLE**

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

### CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Juan Ferrer, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



# EL ETERNO PROBLEMA DE LA LIBERTAD

### I



**S**IN menoscabo para los luchadores que a través de todas las épocas de la historia humana han volcado sus esfuerzos para la consecución de formas más acabadas de convivencia social, y que prodigaron estos esfuerzos sin tener en cuenta el alto precio que imponen ciertos sacrificios; para los que trataron de vencer resistencias, prejuicios y convencionalismos arraigados y petrificados en la conciencia de la mayoría de sus contemporáneos; teniendo en cuenta todas las circunstancias de asfixia espiritual y de despotismo material que impulsaron a estos hombres a afrontar las consecuencias de su reto a las poderosas fuerzas retroactivas, brutalmente reaccionarias, y a la de la inercia de los adaptables, que constituyen al fin una de las fuerzas de resistencia más poderosas; teniendo en cuenta que cada una de las fases de la historia de la rebelión del hombre contra la presión aplastante de las supersticiones y de los poderes militar, político y económico, está siempre en relación con la intensidad y la realidad de estos factores regresivos; teniendo en cuenta todo esto y cuanto queda sobreentendido, nuestra época, la de la civilización mecánica, a la que corresponde una evolución monstruosa del aparato estatal, es sin duda alguna, en punto al problema de la libertad, la más trascendental de toda la historia del hombre.

### II

Creemos no incurrir en una exageración si afirmamos que nuestra época, que puede situar el lector en

el espacio que media entre las postrimerías de la primera guerra mundial y nuestros días, se significa precisamente por la desproporción entre las corrientes que podemos llamar libertarias y la absoluta presión autoritaria. Si nos atenemos a las informaciones que en punto al mismo problema nos suministran las etapas vecinas o inmediatamente anteriores a nuestra época, el contraste se agranda desmesuradamente. Hay que ser ciegos para no percibir esta desproporción. Hay que cerrar los ojos del espíritu, empeñarse en aparentar optimismo, un optimismo no piadoso sino contraproducente, perjudicial, trasunto quizás de una impotencia inconfesada o inconfesable, para no sentir la añoranza de esa edad dorada en que el mundo se hallaba poblado de paladines que mantenían enhiesta, contra viento y marea, la bandera de su rebeldía.

Y no vayamos a desestimar aquí la calidad y potencialidad reaccionaria que ponía en vilo a aquella rebeldía. No vayamos a incurrir en el error de considerar proporcionalmente débil al adversario que oponiase entonces a la presión liberadora. No vayamos a creer fácil tarea la de aquellos hombres que escribieron las gestas del 1789, 1848, 1871 y 1917. El obstáculo a remover y a hacer saltar, barrenándolo, para dejar expedito el camino, era proporcional a la potencia explosiva del artefacto popular.

Lo prueba el que a las poderosas revoluciones sucedieron no menos poderosas reacciones. Reacciones en que el amenazado de la víspera sabía concentrar toda su capacidad de violencia en la réplica, y ésta era sañuda, inhumana, bestial. Los 35.000 comunistas sacrificados después del hundimiento de la Comuna de París son una prueba definitiva del sadismo puesto en el desquite, en la revancha. Y este sadismo reac-



cionario era también la prueba definitiva del pánico justificado que inspiraba a la reacción el fervor, la resolución y la consciencia revolucionaria.

### III

Podemos situar en el siglo XIX ese punto culminante de la consciencia revolucionaria. Aun sabiendo, claro está, que nuestro siglo, el actual, no ha nacido por generación espontánea, hijo de la nada. Tenemos perfectamente en cuenta que residen en el acervo común novecentista todos los gérmenes de la situación y orientación del mundo económico, militar y político de hoy. Pero esta constatación no puede hacerse extensiva al extremo de conducirnos a negar la que creemos fundamental significación de aquella añorada época.

A despecho de esa identificación de gérmenes nocivos no podemos negar que el siglo XIX es la época romántica por excelencia, de un romanticismo realizador, no contemplativo ni lírico, un romanticismo que nada tiene que ver con el poético y decadente sentimentalismo. Bien que heredera a su vez aquella época de todas las riquezas y miserias, de todas las grandezas y bajezas de un período histórico anterior trascendentalísimo, la generación novecentista es de creación audaz. Se cree predestinada para la alta y honrosa misión de realizar la felicidad a que tiene derecho la humanidad doliente. Se halla impregnada de una fe ardiente que no es ciega, puesto que se considera armada, respaldada, por una ciencia que considera positiva y que barrió mediante una previa operación de limpieza todas las farragosas suciedades de la superstición religiosa. Se considera libre de todo lastre teológico y concibe el progreso general no como una necesidad, una donación y una gracia de misteriosas jerarquías metafísicas, sino como una fatalidad y una característica propia de la Naturaleza, contra cuyo poder no hay resistencia posible.

La generación novecentista, con todos sus errores y espejismo, con todos sus contrasentidos, y con todos sus gérmenes nocivos, por inadvertencia más que por maldad, es sincera y positivamente optimista. Anima a todos sus paladines lo que encontramos a faltar hoy: un sentimiento que sobrepasa la pasión por cuanto representa renovación y creación. Una afirmación de los derechos humanos frente a las gratuitas maldiciones que descargaron sobre el hombre los malaventureros de la religión y de la política. Y una negación de las jerarquías, de las razas y de las clases. En suma, una reivindicación del hombre y de sus derechos sociales.

### IV

Todo lo que tiene esta época de optimismo militante y de aspiración activista; todo lo que tuvo de confiada y voluntariosa, de laboriosa y empecinada, de creadora de verdaderas maravillas, es ausencia en la nuestra. Evocando cualesquiera de aquellas pulsaciones vemos por encima de toda consideración una sinceridad de propósitos y un convencimiento sincero: la convicción de que el hombre está próximo a llegar a

la meta de todos sus dolores y, por ende, al soñado paraíso de su tan merecida felicidad. Este convencimiento no se concretiza solamente en lo que podrían parecer vanidosas realizaciones monumentales en los dominios de la técnica, o eminentemente materialistas en los distintos órdenes de la industrialización; se vuelcan y desparraman por el campo semivirgen de las concepciones políticas, y más que políticas sociales. Junto al esbozo pertinaz de utopías más o menos literarias y de repetidos ensayos de vida libre en común, en éste y en el Nuevo Continente, se perfila entre los más decididos a dar el empujón final al viejo orden de cosas un mayor perfeccionamiento de sus tácticas y estrategias ofensivas. Frente al imperialismo naciente de los Estados se organiza la Internacional, y en cada opositor a la sociedad del Estado hay un anarquista en potencia. Frente a los primeros vagidos del nacionalismo se funda la fraternidad universal de los trabajadores, de todos los explotados por el también naciente capitalismo, como una premisa para la fraternidad entre todos los hombres fundidos en una sola patria: el mundo, y en una sola familia: la humanidad.

Hay que situar en el altar de nuestro corazón a aquella época tan prolífica en generosos propósitos. Hay que rendir un ferviente homenaje a aquella magnífica generación de optimistas. Y al hacerlo hemos de lamentar compungidos que no le fuera dado conseguir la eclosión merecida y a nosotros poder saborear el fruto dulce de sus grandes promesas. Y no vayamos a discriminar el cómo y el por qué de esa terrible decepción. Limitémonos a decir que para desgracia nuestra y mayor para las generaciones que nos sucedan, los gérmenes negativos que tuvieron indudablemente engendro en la misma época, aquellos vestigios al parecer inofensivos que languidecían a la sombra de tanto esplendor, poco a poco, paulatinamente, después en tromba, han ido malogrando, desvaneciendo tan bellos sueños.

¿Cómo fué posible descarrío tan brusco y de tan funestas consecuencias, cuando todo parecía deslizarse normalmente y una velocidad poco menos que arrolladora?

### V

Hablar de gérmenes nocivos engendrados en aquella época es quizás impropio. Estos gérmenes no eran tales sino más propiamente tendencias y sentimientos latentes en convivencia más o menos armoniosa.

El hombre es el ser más complejo de la naturaleza. Es capaz de determinar, en un margen de tiempo relativamente breve, mutaciones trascendentalísimas en su medio ambiente. ¿Cuántas veces no ha sido capaz de levantar y reconstruir de entre las ruinas producidas por sus atavismos sus destruidas civilizaciones? Toda la historia del hombre se halla sembrada de compartimentos estancos. Nos habla la historia de una civilización egipcia, helénica, china, mongólica, cartaginesa, romana, árabe, cristiana, renacentista, etcétera, como fenómenos más o menos aislados. Los espacios de tiempo que las separan los ocupan las guerras y las decadencias que sucedieron a las guerras. Tras cada cataclismo ha habido que reconstruir



otra vez. Construir para destruir; destruir para volver a construir: ése ha venido siendo el trabajo del hombre. La civilización y la cultura edificadas con esfuerzos y sacrificios por unos pueblos cuidábanse de derruirlas otros pueblos, los pueblos cuya civilización había sido antes destruida. A pesar de la trágica constatación de estos hechos, ello nos da la medida de la capacidad constructiva del hombre. Esta capacidad reactiva se pronuncia más y más a medida que nos acercamos a nuestros días. Pero ¡ay! la capacidad de destrucción no le anda en zaga. Y si por una parte nos da fundadas esperanzas esa capacidad de rehabilitación del hombre tras las catástrofes que le sacuden intermitentemente, no es menos el horror que sentimos al comprobar la rapidez vertiginosa con que el hombre adquiere y perfecciona sus medios de destrucción.

## VI

Constatamos, pues, en el hombre, una contradicción terrible. Ha sido capaz, mediante la maravilla de su cerebro de los mayores portentos. De hacer habitable el ambiente hostil que le rodeaba y que formó la cuna de su infancia y el campo de correrías de su adolescencia. Exterminó o domó a sus díscolos compañeros de la escala inferior de la animalidad. Tomó posesión de toda la corteza terrestre y fué capaz de escrutar el espacio estelar. Creó la navegación, la industria y el comercio. Cultivó y hizo progresar las artes. Arrancó a la tierra sus más recónditas riquezas y alumbró esos focos de civilización que fueron las grandes ciudades. Y se encaró con problemas trascendentales que del primitivo temor religioso llevaron a la especulación filosófica más aguda sobre el origen y fin de la vida, sobre el origen y fin de sí mismo.

En ese dominio exterior y en sus sondeos subjetivos, el hombre ha creado maravillas. Esos progresos, pese al contrapeso negativo de sus propios horrores, han sido fantásticos. Basta compararlos de milenio en milenio, de siglo en siglo, de lustro en lustro, para que nos asombremos.

Y sin embargo, ¡qué poco ha evolucionado el autor de tantas maravillas! ¡Cuán lento se nos muestra el progreso de la naturaleza íntima del hombre! ¡Qué poca es la diferencia entre una criatura del prehistórico neolítico y el hombre actual, cuán poca entre un hotentote y un europeo medio!

La voz de la caverna resuena en nuestros días en los medios sociales más selectos. El hombre ha sido incapaz de marchar al mismo tren de su pensamiento. Ha creado civilizaciones y ha demostrado una incapacidad completa de adaptación a las mismas. Ha sido incapaz de seguir el vuelo raudo de su pensamiento.

## VII

La sociedad actual constituye una ampliación de esa complejidad contradictoria. El hombre moderno continúa siendo un sér ancestral ante el prodigio de sus propias creaciones. Pero nunca como ahora co-

rrió éste el peligro de caer tan verticalmente en la trampa de esas creaciones. Nunca como ahora nos había dado esa impresión de fiera acorralada, ni se habían pintado de tal modo en su rostro los signos del terror y de la impotencia.

El barbarismo con que resuelven los Estados sus crisis políticas y económicas, sus fomentadas rivalidades internacionales, los accesos de histerismo autoritario, tamaño refinamiento en la crueldad, tan bajo desprecio hacia la propia especie, no es más que el signo de una desorientación y un pánico inconfesado.

La civilización mecánica ha traído consigo una centralización autoritaria sin precedentes. La máquina ha convertido al hombre en una máquina más. La concentración autoritaria se ha apoderado del espíritu humano conminándolo a la obediencia absoluta. El Estado tiende a pensar por todos sus subordinados. Todo indicio de libertad de iniciativa es sofocado en cienes. Un paso más y habrá que pedir permiso para respirar. El campo de reacción del individuo, milagrosamente inerte de los impactos del Estado mecanizado, no puede ser más limitado.

Y basta la existencia en frente del Estado tan soberanamente pertrechado de otro Estado todopoderoso, para que la rivalidad entre los dos monstruos cree una psicosis de terror acumulativo que viene a complicar infinitamente la envergadura del problema. El primer aterrorizado es el Estado que tiene en frente a otro Estado rival. Y la carrera entre ambos rivales es una loca carrera de administración y acrecentamiento de sus recursos de fuerza que tiene por consecuencia directa la negación absoluta de la libertad para sus respectivos subordinados. La fortaleza la cifra el Estado beligerante en hacer una masa compacta de estos subordinados; en negarles la facultad de pensar y actuar por su cuenta. La facultad de crítica concedida a los ciudadanos representa una disminución de fuerza para la camarilla dirigente, y en consecuencia ofrece puntos vulnerables al adversario. La tendencia del Estado-bloque consiste en reducir a la nada toda expresión de libertad en sus subordinados. Por el contrario, la recaba y fomenta en las filas de los subordinados del Estado rival, único medio para conseguir desmoronarlo.

## VIII

Este es el gran problema de la hora actual. Un mundo que tiene por polos a dos grandes concentraciones de potencias cuajadas en dos Estados monstruosos, temiéndose, espíandose y copiándose mutuamente los procedimientos de acumulación de fuerzas. Tomándose el uno al otro por modelo y por pretexto para su mantenimiento en pie de guerra. Y bajo su dominio, una masa difusa y confusa de seres humanos, inerte, sin apenas reacción. Y sin embargo, quírase que no, hacia la entraña de esa misma masa hay que dirigir la mirada buscando la tabla de salvación. Y hay que buscarla urgentemente antes de que sea demasiado tarde. Con la paciencia, con la tenacidad y la resolución de quien busca la solución de un problema de vida o muerte para la civilización y quizás también para la especie.



Hay que defender con dientes y uñas las escasas posiciones donde ondea todavía la bandera de la libertad. Defenderlas para seguidamente ampliarlas. Y ello con despreocupación hacia los hipócritas sentimentalismos nacionales y su sofística lógica estatal. El zarandeado peligro que arguye el Estado-bloque de la respectiva demarcación al aludir a la amenaza que representa su antagonista no debe impresionarnos. Empezar por asfixiarnos so pretexto de protegernos

contra la asfixia de un segundo, aun siendo verosímil el peligro, es cobrarnos demasiado caro por el servicio de protección.

Despertar conciencias, unir voluntades en el fin de sobreponer una libertad efectiva a todas las promesas vacías, nos parece ser el primero y más categórico de nuestros imperativos de la hora.

John RAINBOW

## OPTIMISMO BIOLOGICO

# CEREBRO E INTELIGENCIA

— I —



UY pocos de los que investigan los problemas culturales y espirituales, se han preocupado también de la relación entre cerebro e inteligencia. Filósofos, moralistas, sociólogos, tratan de desentrañar los misterios de la vida con la ayuda de la razón, forjan sistemas de pensamiento, analizan las ideas y los sentimientos con toda la sutileza posible, siguen las corrientes ideológicas y sociales por el océano borrascoso de la historia, edifican palacios metafísicos, levantan concepciones éticas cuyo pico se pierde como la cúspide de una catedral, en el cielo immaculado de la eternidad. Dios, el mundo, el hombre — trinidad que se impone incesantemente a la conciencia, con sus misterios, con sus imperativos, con sus necesidades. Las relaciones entre el hombre y Dios, hombre y naturaleza, hombre y sus semejantes — he aquí los tres temas fundamentales que enfrentó la inteligencia en el transcurso de los siglos, con los medios que se han forjado sucesivamente: con la fe, con la intuición y finalmente con la ciencia. Pero ¿cuántos se han preguntado realmente: cuál es el instrumento con que trabaja la inteligencia misma? La biología es el último ramo de la ciencia que fué investigado con el objeto preciso de explicar los vínculos entre el hombre y la sociedad, y aún entre el cuerpo y el alma. ¿Puede ser aceptado hoy el conocer casi todas las ciencias naturales e ignorar en absoluto la forma cómo trabaja la inteligencia, y cuál es la situación del hombre en la evolución de la vida cósmica y terrestre?

No nos atrevemos tratar en estas pocas páginas más que un problema estrictamente biológico, sin consideraciones filosóficas, éticas o religiosas. No hacemos ni en la histología o fisiología del cerebro, que entra en el campo de la medicina; ni investigamos separadamente las manifestaciones de la intelligen-

cia, que entran en el campo de la psicología y de la educación. Deseamos solamente aclarar un poco las posibilidades de progreso de la humanidad. En este sentido, Georg Fr. Nicolai, el biólogo dotado a la vez de un espíritu universalista, el autor de una obra que hizo época, «*La Biología de la Guerra*», nos ha facilitado la labor, y no nos queda más que estudiarlo y resumir lo más claramente posible el problema que expuso en otro de sus estudios titulado «*Cerebro e Inteligencia*» (1).

¿Qué relación existe entre el cerebro y la inteligencia, o sea entre el órgano y su función? La contestación varió en el transcurso de los siglos. Los antiguos no creían que la inteligencia y el pensamiento en general estuvieran en relación con el cerebro. Los primitivos y aún los pueblos incultos de nuestros días suponen que la sede del «alma», por la que sienten las emociones tristes o agradables, sería en el estómago o en el pecho, y aún en los riñones según algunos pueblos semitas. En los tiempos homéricos se creía que la sede del alma estaría en el diafragma, pues en esta región se dejan sentir aquellas sensaciones desagradables, especialmente cuando el hombre tiene el presentimiento de un peligro.

Este sentimiento trágico de la vida sería, según los griegos antiguos, el origen del pensamiento. Más tarde, como otros pueblos primitivos, los griegos suponían que el alma residía en el corazón, cuya actividad aumentaba en los momentos de emoción. Platón, reuniendo según la costumbre de los filósofos todos los pareceres tradicionales, situó el apetito en el estómago, el valor del hombre en el pecho y su razón en el cerebro.

(1) Ediciones Iman, 74 páginas, Buenos Aires, 1935.



De esta forma, el cerebro se ha impuesto desde hace poco como la región que está en estrecha relación con el pensamiento. Los artistas griegos presintieron esta correlación cuando representaban a Hércules con una cabeza chica y a un filósofo o a un dios con una cabeza grande, queriendo demostrar en cierto modo que una cabeza grande, luego un cerebro grande, es un órgano de pensamiento más perfeccionado. La cuestión de si hay realmente correlación entre una cabeza grande y un buen raciocinio no fué tratada con toda objetividad. Los microcéfalos y las mujeres están, naturalmente, en contra de la opinión de que existiría realmente una relación entre el volumen del cerebro y la inteligencia. Es sin embargo un hecho comprobado que el peso del cerebro está en proporción del 10 por 100 menor en las mujeres que en los hombres de la misma talla. En un congreso antropológico, según demuestra Klaatsch, se ha comprobado, por la medición de la circunferencia del cráneo, que los mismos asistentes que han votado contra la teoría de que existiría una correlación entre el volumen del cerebro y la inteligencia, tenían en realidad el cráneo más chico que el de los otros asistentes que votaron en favor de este paralelismo. Se ha confirmado de este modo, en forma empírica, la afirmación de Moebius, quien ha demostrado esta correlación de una forma original: publicó la lista de los clientes de un sombrerero de Leipzig, quien anotó las medidas correspondientes; profesores universitarios, jueces de la Corte Suprema, banqueros, industriales, etc., usaban sombreros grandes, mientras los más chicos pertenecían a los ricos sin profesión, deportistas célebres, nobles, oficiales, etc. Moebius publicó la lista sin comentarios.

Según algunos, sin embargo, suponer que un cerebro mayor piense mejor que un chico, equivale a la absurda afirmación de que un reloj de bolsillo sería menos exacto que un gran reloj de torre. La comparación no es adecuada, pues un reloj pequeño es más complicado que uno grande, tiene más ruedas y trabaja de otra manera. Las «ruedas» del cerebro, o sea las células y las fibras, son de tamaño igual en las distintas especies de animales y su número corresponde siempre al peso cerebral. Lo que importa, es la complejidad del cerebro; por este motivo, un cerebro grande puede ser comparado más exactamente con un pequeño reloj que con un reloj grande, un cerebro más voluminoso tiene un número mayor de elementos celulares y fibras y justamente esto pesa en el problema de la relación entre el cerebro y la inteligencia.

Se podría decir a priori que, a la par de cualquier otro órgano, el cerebro se desarrolla conjuntamente con su función. Algunos combaten este apriorismo por el argumento empírico que en la autopsia de algunos hombres célebres se ha constatado que sus cerebros eran menores que la media general. Esto es cierto, pero hay que tener en cuenta el hecho de que el promedio del cerebro se calcula en el hombre de 40 años, y desde esta edad el cerebro empieza a perder peso, primero lentamente, luego cada vez más rápidamente, de modo que el término medio no puede ser en todas las edades igual a 1.400 gramos. De 55 cerebros que pertenecieron a hombres célebres,

solamente 5 (entre los cuales también el de Gambetta) tuvieron un peso mucho menor que el medio; 20 no lo han excedido, y 35 tuvieron más de 1.400 gramos. (Cuvier casi 2 kgs.; Turgheniev más de 2 kgs.). En general, un cuadro comparativo de los cerebros de los hombres célebres, en relación con el peso y también con la edad, indica claramente la correlación entre el volumen del cerebro y la inteligencia. Es en todo caso seguro que el término medio de los cerebros pertenecientes a cien genios superará siempre el promedio de cien hombre mediocres. En estos últimos el peso cerebral medio es 1.400 gramos y la circunferencia craneana 55,5 cms.; en los hombres prominentes el peso del cerebro es 1.500 gramos, más (7 %) y la circunferencia craneana 57,5 cms., luego mayor con 2 cms. (4 %).

Conjuntamente con el desarrollo de la cultura, crece también la capacidad craneana; la mayor está entre los chinos, luego entre los europeos; la menor entre los australianos y hotentotes. De igual forma, también, en relación con el rango social. En Rusia, la doctora Tarnowskaya constató las menores circunferencias craneanas entre las prostitutas, luego entre las ladronas y campesinas; entre las mujeres inteligentes, la circunferencia es mayor con 1,2 %. En otros países se ha constatado que el cerebro de los intelectuales es en general el 5 % mayor que el de los trabajadores manuales. Las experiencias hechas en escuelas llevaron a los mismos resultados; los maestros han separado a los alumnos inteligentes de los mediocres y la medición de las circunferencias craneanas han demostrado que el término medio es siempre mayor entre los inteligentes (un aumento de 0,6 cms., o 1,2 %).

En resumen, se puede decir que el cerebro de los hombres inteligentes es en proporción mayor, por más que otros factores, por ejemplo: la correlación entre la materia gris y blanca, el número y profundidad de las circunvoluciones, la estructura de las células, etc., desempeñan un papel importante en lo que respecta al grado de inteligencia. El peso del cerebro es uno de los factores de los cuales depende la inteligencia; un factor de gran importancia y el único que puede ser investigado, en forma aproximada, durante la vida. Un cerebro pequeño (circunferencia craneana bajo 52 cms.) indica sin excepción una inteligencia mediocre. No se puede afirmar sin embargo con la misma seguridad que los cráneos grandes indican siempre una inteligencia superior; un cerebro grande tiene la posibilidad de ser inteligente, pero éste puede ser aniquilado por enfermedades, falta de educación, alcoholismo y otras causas. Hay bastantes cráneos grandes, pero no otras tantas mentes grandes. ¡Quién sabe cuántos genios perdió la humanidad por la falta de educación de los cerebros grandes!

La gran dificultad en el estudio de esta cuestión es la falta de una relación numérica entre el peso del cerebro, el peso del cuerpo y la inteligencia. Sin la expresión de un hecho en cifras, no se puede demostrar científicamente una verdad. Una investigación superficial del cerebro en distintas especies animales, nos demuestra que ni el peso absoluto, ni el peso relativo (en proporción directa) aclaran con pre-



cisión la cuestión que nos interesa. El cerebro del elefante es tres o cuatro veces mayor que el del hombre; el cerebro de un gorrión representa tres por ciento del peso de su cuerpo, mientras el cerebro del hombre representa apenas dos por ciento. Sabemos sin embargo que ni el elefante ni el gorrión son más inteligentes que el hombre.

No tenemos todavía un medio seguro para la medición de la inteligencia. Comparando diversos hombres, con los procedimientos usuales de los psicólogos, se puede decir seguramente que la inteligencia de un Einstein es superior a la de un periodista hábil, pero no se puede indicar una relación numérica. La determinación numérica es difícil, a causa de que el peso del cerebro depende no solamente de la inteligencia, sino en gran medida también del peso del cuerpo. En realidad, una gran parte del cerebro sirve solamente para la percepción de las impresiones sensoriales y el movimiento de los músculos. Esta parte del cerebro crece juntamente con el cuerpo, pero no en proporción directa, sino más lentamente que el cuerpo. La parte corporal del cerebro es también en el hombre mucho mayor que la intelectual. Si se pudiera medir separadamente la parte intelectual se podría establecer con precisión la relación entre el cerebro y la inteligencia; pero esto no es fácil, porque la parte intelectual del cerebro está íntimamente mezclada con la parte corporal y sensorial, y aún idéntica con ella misma en determinado grado. Es pues necesario medir conjuntamente ambas partes, tratando luego de determinar el coeficiente numérico correspondiente a cada parte.

Esta medición se ha hecho en un número considerable de individuos de distintos tamaños, pero teniendo una inteligencia media igual. De este modo se ha establecido con cierta aproximación la correlación numérica entre el peso del cuerpo y la del cerebro, por unas tablas gráficas llamadas isópsicas, cuyas curvas indican animales de tamaño variable pero de igual inteligencia. Por ejemplo, la curva relacionada con las observaciones hechas en 192 perros, demuestran un máximo de 60 kgs, en el peso corporal y 180 grs. en el peso del cerebro. Desde los peces, reptiles y aves hasta los monos, se han establecido tales curvas ascendentes, encontrándose la menor inteligencia en los peces, la mayor en los monos. En tales tablas gráficas, resultadas de datos experimentales, cada especie y aún cada animal tiene su lugar bien determinado por líneas isópsicas, pudiendo indicarnos su grado de inteligencia. Se constata así que los pájaros, cuyo cuerpo es relativamente más liviano que el de todos los demás animales, aparecen sin embargo excesivamente inteligentes, mientras las tortugas, con sus caparazones pesados, están muy por debajo con respecto a la inteligencia.

Hasta que se elaboren tablas gráficas especiales para cada especie, podemos utilizar las existencias para sacar algunas conclusiones apreciables. Examinando comparativamente estas tablas isópticas, vemos indicados en ellas los pesos cerebrales de todas las especies conocidas, desde los peces hasta los monos. Sigue una pequeña laguna que separa a los antropoides del resto de los animales inferiores, luego una

laguna mayor que separa a los antropoides de los hombres. Estas lagunas se deben al hecho de que los monos se han desarrollado solamente en el sentido de la forma humana (o respectivamente antropoide) y que en este desarrollo no ha sobrevivido ninguna de las formas intermediarias. Estas lagunas pueden ser sin embargo llenadas por la investigación de los antropoides fósiles o de los hombres fósiles.

La vieja cuestión de los anillos que faltan en la cadena de la lenta evolución, entre antropoides y hombres, está resuelta por la comparación de los cráneos, empezando desde el gorila hasta el hombre europeo. El cerebro de los monos no pasa de 300 gramos, el de los antropoides excede medio kilogramo; en los hombres el peso medio es 1.400 y aún 1.500 gramos en los prominentes. Comparando los cráneos, vemos que empezando por el gorila se desarrolla primero la parte posterior del cerebro, a cuyo cargo está la función sensorial; casi al final se desarrolla la parte frontal y las partes laterales, así llamado cerebro con correlación, cuyo máximo desarrollo se evidencia en el europeo. En el lugar del pitecántropo, que no parece ser un ascendente directo del hombre, se puede poner al sinántropo, descubierto recientemente en China, y que pertenece a la serie humana. Esto no modifica el resultado de los gráficos comparativos, pues los cráneos de estos fósiles tienen casi la misma capacidad.

Estas comparaciones nos ayudan a conocer mejor la posición del hombre frente a la naturaleza. El hombre, animal racional, está subordinado al igual que su órgano supremo, el cerebro, a las leyes generales de evolución de los seres vivos; indudablemente, está separado de los otros seres vivos por un abismo infranqueable, y por esto mismo es algo excepcional en la naturaleza. Pascal, el gran filósofo-matemático, decía que no tenemos que olvidarnos de nuestro parecido con los animales si queremos evitar ser excesivamente orgullosos; pero menos aún debe ser olvidada la diferencia esencial, pues sin ésta quedaríamos degradados hasta la condición de la bestia. Esta profunda observación de Pascal no era en su tiempo más que la expresión de una intuición, de un deseo subjetivo; hoy, por medio de los gráficos comparativos, su intuición, es confirmada objetivamente por relaciones numéricas, y de este modo llegó a ser una verdad científica.

Con la ayuda de los esquemas comparativos se puede deducir también la velocidad en el crecimiento del cerebro en las distintas especies. Sobre todo, desde que se ha introducido el método de la radioactividad, por medio de cuyos datos se ha podido establecer la duración de las edades geológicas de la tierra. Es mucho más fácil precisar a qué épocas pertenecen los fósiles encontrados en determinados estratos y delimitar las enormes distancias de tiempo que separan al hombre de los otros animales. Así, se puede sostener que el hombre ha aparecido sobre la tierra desde hace un millón de años; los peces, sin embargo tienen una antigüedad de unos 50 millones de años. En estos 50 millones de años, durante los cuales los peces han evolucionado hasta los mamíferos superiores, el cerebro apenas ha crecido hasta 300 grs. Mientras en el último millón de años, desde



que los monos llegaron a ser antropoides u hombres, el cerebro creció respectivamente desde 300 gramos a 500 o 1.500 gramos, luego con un aumento de 200 o 1.200 gramos.

Con estos datos se puede calcular fácilmente la velocidad del crecimiento cerebral. En 50 millones de años, o sea en el período de evolución desde los peces hasta el mono, el cerebro creció con 6 miligramos por cada mil años. En un sólo millón de años, desde los monos a los antropoides, el cerebro creció de 200 miligramos en cada milenio, pero desde los monos a los hombres, el crecimiento es de 1.200 miligramos por cada mil años. Resulta que la velocidad del crecimiento cerebral es en los antropoides 300 veces mayor que en los vertebrados inferiores, mientras en los hombres es en general 2.000 veces mayor.

Luego es indudable que el cerebro humano ha aumentado como término medio de 1,2<sup>o</sup> gramos (un gramo y dos decigramos) en un milenio. Como sin embargo no hay cambios bruscos en la naturaleza, es de suponer que al principio el crecimiento no era

mayor en las otras especies de animales, y que el cerebro humano tiene que crecer todavía de hoy en adelante. Si el crecimiento se ha producido con una velocidad progresiva, pareja en todo el período, se puede calcular que el cerebro humano ha aumentado en el último milenio en por lo menos 3,26 gramos o de 3,26 miligramos por año. Frente al enorme progreso técnico y cultural de los últimos diez mil años, es probable que este aumento anual fué mayor. Considerando sin embargo este incremento mínimo de 3,26 gramos, cada nueva generación (calculando unos 30 años de duración de una generación) tiene un cerebro mayor en cien miligramos que la precedente. Este centenar de miligramos representa un aumento de muchos millones de células ganglionarias o cientos de kilómetros de fibras cerebrales. Estas cifras parecen exorbitantes; ellas son sin embargo rigurosamente calculadas y nos permiten sacar algunas conclusiones de gran importancia para el progreso de la humanidad.

Eugen RELGIS

# LOS DESHEREDADOS

## *del humor*

(Conclusión)



ASTIGAT ridendo mores". ¿Hay en la torpe aplicación de cierto decreto de Mc Carran (decreto que rechaza la mitad de América y no tardará en borrarla del repertorio legislativo, si es que el ridículo mata), hay, repetimos, cierto desquite antisocial de los que se tienen por «castigados a risa», recomendándose al autor del «Pelerín» como los devotos a Tartufo? ¿O se trata más bien de una censura social contra el ciudadano privado, perseguido hace tiempo como bohemio habitual y dado, por añadidura, a expansiones subversivas?

¿Se amenaza a Charlot con un grotesco ostracismo administrativo? ¿Acaso los dragones guardianes de la virtud que velan por la decencia, la seguridad y el renombre de los Estados Unidos, enseñan los dientes a Chaplin, inglés no naturalizado en el país del dólar y negador de los valores standard del americanismo? Para nosotros, europeos, no deja de ofrecer graves dificultades dar con el motivo diferencial entre el personaje y el individuo real. La opinión continental, unánime y grata para Chaplin, no separa al intérprete del tipo creado por éste y sólo se divide cuando surge la cuestión de saber si el exilio amenazador para Charlot y sus familiares es inicia-

tiva «fascista» concertada entre Washington y Wall Street, o bien una estrategia administrativa a manera de odiosa careta de la «democracia americana». La opinión de la otra orilla del Atlántico es infinitamente más respondona. Así puede juzgarse por la tímida y comprometida protesta del Comité Americano en pro de la Libertad y la Cultura. Chaplin — se nos insinúa — es impopular en los Estados Unidos y atrae fuertes tempestades sobre sí por el «desorden» de su vida, por ciertas declaraciones provocativas a que se prestó y por el contenido no dolariano de su «mensaje social». A pesar de ganar en Hollywood no halló en América ni en los americanos «way of life» bastante buena para él. Se advierte al respecto entre nosotros señalada insistencia en cierta propaganda afirmativa de que Chaplin es un mártir, enemigo nato del Nuevo Mundo y su viviente contradictor, que su obra condena sin apelación las ideas y las costumbres del imperialismo yanqui.

Del imperialismo, de acuerdo; pero ¿y si nos referimos a América como clima humano? En lo que separa a Charlot de su país de adopción, en lo que se opone a la tradición y a lo específico americano, ¿no hay acaso un equívoco agravado por ciertas loas del exterior y cayendo en falso tal como ocurrió con tantos ilustres americanos del mundo de las artes



y de las letras? ¿No hay, asimismo, en el desencañamiento y obtuso conformismo de la tontería pudibunda contra el actor Chaplín y sus encarnaciones en la pantalla, un acto verdaderamente anti-americano por parte de las gentes cuyo patriotismo es, según el Dr. Samuel Johnson, la máscara de la imbecilidad y de la perversidad?

La afición a la ley, el orden burocrático, la respetabilidad burguesa más redomada no son valores que distingúan preferentemente a los fundadores de América, a los revolucionarios que la libertaron, a los emigrantes que la poblaron, ni a los aventureros que extendieron los límites desde la bahía del Hudson a la Baja California y desde el Texas a Alaska.

Ya ha dicho Chaplín que bien podía vivir sin gobierno y añade, que muchas gentes pueden vivir lo mismo. Tal era, aproximadamente, en el curso de los siglos, la opinión de muchos colonos que abandonaban Europa para buscar rumbo al Oeste la tierra de la Libertad. Y añade Charlot: «Me considero anarquista». Pero si Charlot es anarquista en el sentido individualista del concepto, lo es como lo fueron Josiah Warren y Jo Labadie, como todos los refractarios de espíritu ultraliberal que representa la contribución específicamente americana a la historia de las ideas subversivas. Síntoma complementario respecto a su cualidad de compatriota espiritual de los reprobados del americanismo, típicamente americano sin embargo en lo bueno como en lo malo, poetas americanos, pintores, novelistas y filósofos notorios en los Estados Unidos.

Verdaderamente, ¿por qué se presenta siempre de nuevo como antiamericano lo que América produjo y produce como valor de relieve con fuertes personalidades y espíritus auténticamente representativos de su audacia individual tan desdefiosa para ritos y precedentes? El elemento vital de civilización nueva quedó renegado ciegamente por una parte a causa de un cierto «fundamentalismo» y aclamado por otra, no menos ciegamente (lo que contribuyó a agravar el equívoco interno) por el romanticismo estético del extranjero, saludando en cada artista nuevo la encarnación antiamericana. Así es como alternativamente Poe y Whitman, Thoreau y Emerson, Melville James y otros fueron apartados por la crítica europea de su ambiente histórico y de sus raíces profundas, con explícito consentimiento de los Babbitts cretinizados que quedaban en América. Aislado el país de sus grandes hombres partidarios del aislamiento americano ¿conseguirían apartarlo del resto del mundo y clausurarlo espiritualmente? Rechazando a un Chaplín, a un Miller, a un Wright o a un Orson Welles, ¿dedicarían al soviétismo el más inmerecido de los regalos? Una de las paradojas de nuestra peregrina época es haber renegado, precisamente en nombre de la ideología de la «libre empresa», de sus últimos adelantados sin hogar ni patria, de sus últimos «selfmade men», lo suficiente rebeldes para no dejarse domesticar.

Así es como la estrecha América nacionalista se opone a la América universal, sociedad abierta a toda nueva experiencia, que da buena acogida a emigrados y proscritos de todas las naciones. Mas, por desgracia, vemos cómo se van acumulando más y más síntomas de proteccionismo miedoso frente

a lo que constituyó la fuerza y la vitalidad de ese país. Y de rechazo se halla condenado, a expensas de un nuevo tipo de humanidad amaestrada, el tipo encarnado en la pantalla por Chaplín, del que su creador no ha renegado nunca del todo, ese tipo humano que significa todavía para millones de extranjeros el símbolo universal del emigrante llevando por todo escudo la conciencia de una energía indestructible — aun en su atmósfera de soledad —, pero también de aventura, de libertad, de infinita «self-reliance».

El mundo, acostumbrado a ver América a través de ese tipo patético desarraigado, la saludó como portadora de una tradición de valor indomable con resortes morales siempre intactos aún a través de los peores infortunios; asimiló todo lo que puede ser digno de estima en un país nuevo, cuya trastienda sórdida y desoladora presenta, al parecer, una miseria susceptible de hacer brotar un humor y una ironía que los no americanos desconocíamos.

Ahora bien; quien dice humor e ironía dice economía de sentimientos para sí y ante el mundo. La economía de sentimientos favorece la acción. El cine mudo, todo acción, tenía que exaltar esa viva insensibilidad y crear en el ánimo del espectador la ilusión de un universo de acción para que el hombre logre levantarse siempre, mental y físicamente poco menos que invulnerable. Porque cuando el fracaso es provisional y el dolor no llega a quebrantar los seres, todo parece **juego**; ya no hay ni moral ni razón práctica en ese mundo doliente; ya han perdido su sentido la comedia y la sátira. Sólo subsisten una serie la más rápida y desconcertante posible de reflejos que engendran acción. Y ésta, acelerándose más allá de ciertos límites, engendra forzosamente lo burlesco. Luego, el arte de Charlie Chaplín es, ante todo, el arte burlesco americano elevado a su más alto grado de perfección. El mimo, el ballet acrobático, concebidos como una descripción exclusivamente comportamental de la existencia, queda despojado de todo resabio de psicología introspectiva, prescinde de la idea de sanción y choca contra el mundo social por su agresiva arbitrariedad. **Liberat riendo mores!**

Chaplín tenía que ser en la pantalla lo que Guíñol es en el teatro guíñolesco, dado el carácter típicamente americano de su comicidad. Y de ese carácter, precisamente, se desprenden los aspectos más destructores, más subversivos de todo orden social puestos en evidencia por sus solitarias piruetas entre un mundo de máquinas y monigotes. No obstante, algo añadió Chaplín que lo hizo superior a sus numerosos rivales, entre los cuales se contaban clowns admirables; a lo burlesco añadió Charlot una dimensión europea que luego ha ido desarrollando bajo la influencia de sus atavismos, de sus orígenes, de sus admiradores continentales y de la evolución del cine sonoro, del cine teatral incluso.

En el mundo clarooscuro de la película, una vez rebasada cierta intensidad de movimiento y ritmo, ya no hay más que **gag**. El **gag** es una mordaza que le tapa la boca al sentido social y hasta al sentido común; suspende todo juicio y paraliza la acción de la naturaleza de los mandamientos para dejar actuar sólo la asociación mental más desmandada e impre-



visible. La tendencia característica del **gag** en acción es ciertamente inconsciente, lo mismo que la del chiste o **gag** verbal. Reinan, siquiera sea en apariencia, la inocencia y la irresponsabilidad ultranaturales. Y todas las compensaciones, franquicias, desquites y consuelos son posibles gracias a la identificación del espectador con el elemento activo del **gag** y a expensas de su elemento pasivo.

La superioridad de Chaplín estriba no sólo en su

virtuosismo físico insuperable, sino en su capacidad de centrar sobre su persona de una manera constante la simpatía del público **incluso por el elemento pasivo de su interpretación burlesca**. Todo ello gracias al magnetismo de cierta presencia humana y de cierta complicidad constante con las reacciones del espectador.

A. PRUNIER.

## El Niño

Mi madre gemía, mi padre lloraba;  
Y yo salté a este mundo peligroso,  
Indefenso, desnudo, gimiendo fuerte,  
Como una furia escondida en una nube.  
Debatiéndome en los brazos de mi padre,  
Forcejeando con mis vendajes,  
Fajado y molesto, creí mejor  
Asirme al pecho de mi madre.

W. BLAKE.



A mayoría de los accidentes que se producen, por las aberraciones de la mente humana en nuestra desgraciada historia, ocurren sin duda alguna entre los pequeñuelos. «Concebido en el pecado y parido en desgracia», como nuestros antepasados cristianos los consideraban, estos desafortunados tiernos seres han sufrido toda clase de abusos y tonterías de la sociedad neurótica. Una vez nacido y bautizado, su muerte era una transición a la eterna gloria, la continuación de su vida, una marcha hacia el pecado y la miseria. Así pues, nuestros antepasados apoyaban toda clase de malos tratos hacia ellos y contemplaban la muerte de «casi la mitad» de la población infantil menor de doce años, con sangre fría. Esta era la situación hacia el final del siglo XVIII, la cual mejoró, pero despacio, durante el siglo XIX, a pesar de los avances hechos por la ciencia médica. Los escritos de pioneros, tales como Cupeper, echaron de lado las costumbres en boga que databan de varios siglos anteriores.

«Durante varios siglos todo el vestuario estaba incluido en la denominación general del fajamiento; se llamaba así porque el cuerpo y la cabeza del

pequeño (paciente) eran envueltos y fajados repetidas veces por medio de vendas, fajas y ataduras. Tan pronto como nacía, era abandonado a manos de parteras y enfermeras, asistentes de la vanidad femenina, y sometido por estos operadores sin conciencia a una especie de tormento suficientemente severo en el momento de su aplicación y con propensión a producir los más alarmantes trastornos en el futuro; fajado, plegado, empaquetado y sujeto todo el hatillo con alfileres, la pobre criatura quedaba reducida a la forma o condición de momia de Egipto, y se exhibía a los visitantes como un cuadro de adorno y una prueba de habilidad superlativa sin que sus gritos de impaciencia, debidos a sus ligaduras, produjeran compasión alguna o expresaren la menor esperanza de emancipación. Ninguno de los métodos sanguinarios y de violencia actuales serían tan efectivos para realizar la destrucción de la infeliz víctima, o para reportar tal cantidad de miseria a su futura vida» (1).

Cupeper hace remarcar que en sus días sólo los niños de familias muy pobres eran tratados con ver-

(1) Cupeper's Herbal..



dadero cuidado, y a pesar de su miserable ración, sobrevivían mucho mejor que los de las familias ricas que estaban sujetos a las vanidades y caprichos de sus padres.

No se puede decir que una plaga determinada fuese la causa de la formidable mortandad de niños menores de doce años. Su falta de resistencia a la muerte era debida principalmente a la total desconsideración que el mundo adulto tenía hacia ellos, creyéndoles seres con propias y distintas necesidades biológicas. Los niños eran tratados como preciosos juguetes, juguetes con los que los adultos podían satisfacer sus caprichos, y estando a la merced del mundo adulto, los niños podían conservarse en un estado de imaculada pureza; un aceptable sacrificio para Dios. Los padres que accedían a la transformación de una criatura activa y viva en una atada y paciente momia, definitivamente eran incapaces de criar hijos y da miedo pensar en los siglos de malos tratos por los que los niños han tenido que pasar. Culpeper ha señalado las terribles consecuencias para el futuro que presagian los malos tratos en los niños; con nuestro discernimiento moderno de la vida emocional del niño, podemos empezar a explicarnos la errónea naturaleza de las generaciones de hombres y mujeres que dieron forma o construyeron el molde de nuestra infeliz historia.

Los anarquistas no achacan los males sociales de una forma exclusiva a causas económicas como hacen los marxistas; nosotros tomamos en consideración con todo factor que influencia la estructura de la sociedad, y de aquí el estudio del niño que consideramos tan necesario para la revolución que nos proponemos.

Hoy día hemos sido relativamente ilustrados sobre el trato a los niños, y no tenemos más que visitar un parque público, donde juegan éstos bajo la vigilancia de sus madres, o leer libros contemporáneos sobre el manejo de tan delicado material, para darnos cuenta de los obstáculos que hay en el camino de la criatura humana o que concurren en la ejecución de un desarrollo infantil normal. Al niño no se le tiene más encajonado en la horrible y fuerte coerción de los primeros siglos; sin embargo la idea no ha muerto aún. Existen aun defensores de la costumbre de atar los brazos de los niños para evitar la masturbación bucal y genital. El juego de los niños es considerado aún de una importancia secundaria por una gran parte del populo; a los niños o se les considera como a la clase de criaturas que son, sino que se les idealiza como a cosas preciosas a estilo de los cuentos de hadas, o se les abofetea cuando no se adaptan al ideal.

El quid de la cosa está en el hecho ignorado de que «los niños saben qué es lo mejor para los niños». La razón del adulto y sus tradiciones sociales son erróneas muchas veces; nosotros solamente podemos aprender de la sabiduría instintiva de los niños. El niño sabe todo acerca del bienestar del infante, y si la madre está exenta de los prejuicios que acarrearán la presunción intelectual y los cuentos de viejas, y vive en un medio biológico sano, podrá aprender de su hijo, interpretar y realizar sus deseos y llevar a cabo debidamente su tarea en un ambiente de asociación biológica. Si poseemos una concepción

real de la biología, debemos darnos cuenta, por encima de todo, de que «el niño sabe lo que se hace». Una vez se ha dado cuenta de este hecho, una madre puede razonablemente adaptar el trato hacia su hijo a las circunstancias en que se encuentra ella misma.

Empero, la mujer corriente, en nuestra sociedad, no está exenta de los prejuicios intelectuales, ni de la superstición, ni posee un fondo biológicamente sano. No es de extrañar que interprete mal los deseos de sus vástagos y que se encuentre con mil dificultades; su debilidad no depende tanto de su ignorancia como del hecho de estar en posesión de una cantidad de ideas sobre los niños, adquiridas a través de las estúpidas condiciones sociales. Además, su educación artificial podría haber atrofiado sus facultades para poder aprender de su hijo. Si esto es así, muchos de los folletos sobre puericultura y sobre las clínicas que tratan de educar a las madres, podían tener una función positiva en la lucha contra las absurdas tradiciones de nuestra sociedad. Es interesante ver que los manuales modernos mejor ilustrados sobre el manejo del niño van siendo menos y menos dogmáticos en sus aserciones. Una madre sana y exenta de prejuicios leerá naturalmente todos esos manuales con una mente libre, y con el pleno sentido de que su vástago es simplemente único, adaptará todos los consejos o costumbres que se adapten a sus necesidades.

Todavía es muy pronto para decir si la propaganda de Wilhem Reich tendrá mucho efecto en la idea comúnmente aceptada acerca del niño. Reich es más bien una paja en el viento que un viento capaz para mover pajas. Sus aserciones sobre la masturbación en los niños no han agregado mucho a la idea general fraudiana sobre la sexualidad infantil, y han sido acogidas con frío escepticismo por aquellos que tienen verdadera experiencia de lo que son los niños.

El hecho es que el siglo XX, por sus horrores de intensificada adoración al Estado y al maniático terrorismo científico, está llevando a cabo un cambio en la conducta instintiva de la niñez. Este cambio opera como una fuerza que mina los cimientos de la sociedad autoritaria. Hemos desechado los vendajes medievales, los cuales se creía daban fuerza al tierno cuerpecito y le hacían crecer derecho, pero que en realidad le debilitaban y le proporcionaban enfermedades y hasta la muerte, y hemos empezado a examinar el trato general del niño. La crianza tradicional, el fuerte vendaje del espíritu, se creía que reforzaba y hacía mejorar el carácter del niño; ahora hemos descubierto que falseaban las emociones y enloquecían el intelecto. Los niños son criaturas fuertes y elásticas que luchan en su forma especial por la salud y felicidad. Si no hubiesen estado dotados de esta resistencia natural hacia el mal gobierno para con ellos, nuestra cultura no habría podido sobrevivir en forma alguna.

Las antiguas civilizaciones de Egipto y China, con sus principios fijos y represivos códigos, quedaron estáticas, hostiles al cambio, y murieron debido a su inflexibilidad. La máquina de la civilización occidental, no es hoy estática en modo alguno; nosotros vislumbramos un campo sin límites de posibilidades para la felicidad humana si somos capaces de romper con la parte mala de nuestra tradición; pero aun



queda el problema, ¿cómo es posible que gentes que en su juventud han sido mal conducidas establezcan y mantengan una sociedad adulta sana? Nuestra tendencia es la de intentar volver a vivir las luchas de nuestra niñez en la vida adulta, con desastrosos resultados, porque las necesidades, aspiraciones e instintos de los niños, no son los de un animal social.

Una de las doctrinas principales de la cristianidad es la del pecado original. En base a esta doctrina, padres y pedagogos (creyentes o ateos) han presumido siempre de saber lo que conviene mejor a los niños; generalmente lo opuesto a lo que los niños «pecaminosamente» desean. Todavía existe una paradójica aprehensión hacia la verdad en la doctrina del pecado original, y sobre este asunto copio al Cardenal Newman:

«Considerar al mundo en toda su extensión, sus varias historias, las diferentes razas de hombres, sus principios, sus fortunas, sus mutuas enajenaciones, sus conflictos, y después sus formas de vida, sus costumbres, gobiernos y forma de veneración, sus empresas, sus marchas a la deriva, sus casuales realizaciones y exigencias, la impotente conclusión de hechos permanentes... todo esto es una visión que causa vértigos y mareos; e infunde a la mente el sentido de un profundo misterio que está absolutamente fuera del alcance de la solución humana.

«¿Qué pensar o decir de este hecho descorazonador y alborotador de la razón? Yo sólo puedo contestar que o bien no existe Creador o que la presente sociedad de los hombres se halla en sentido recto descartada de su presencia; si hubiese Dios, como hay Dios, la raza humana estaría envuelta en una calamidad terrible?» (1)

Dejando de lado la poca razonada aserción del Cardenal Newman sobre la existencia de Dios, y su desprecio por la razón humana, podemos ver que sostiene la creencia de que los pensadores de todos los tiempos han llevado consigo la existencia de una «calamidad original» a la historia del hombre, la cual es responsable de los males de la sociedad. Los «totem» y «tabués», de Freud, son un intento para explicar la «calamidad natural» por medios psicoanalíticos; pues bien, mirando este trabajo como un intento de investigación sobre el inconsciente, hemos de admitir el Cardenal Newman está interesado en un fenómeno muy real.

La realidad del fenómeno, diría yo, está en la experiencia de nuestra propia niñez. Si hemos tenido un tipo usual de educación, hemos experimentado la «calamidad original» nosotros mismos cuando nuestra naturaleza infantil se enfrentó con las exigencias y prohibiciones de la sociedad adulta, coacciones impuestas probablemente por aquellos que sintieron el más tierno cariño por nosotros. Todo individuo tiene una vaga y en gran parte inconsciente impresión sobre las primeras calamidades de la historia de su vida y reconoce que sus compañeros han sufrido más o menos lo mismo, sin embargo tiende a considerar esto como una calamidad colectiva que ocurrió en la historia de su raza o especie.

Yo no estoy preparado para asegurar que la lucha entre los instintos naturales del niño y las exigencias de la sociedad adulta podrán ser totalmente eliminadas, nuestras opiniones sobre el asunto deben ser precisamente conjeturales dado el estado presente de nuestros conocimientos acerca del niño. Pero yo estoy de acuerdo con el Cardenal Newman en imputar la corrupción de la sociedad a la «calamidad original». ¡Aunque el Cardenal y yo opinamos muy diferente sobre el lugar donde se encuentra la corrupción! Tengamos confianza de que podemos ahora empezar a levantar la mayor parte de los usuales obstáculos para los niños, simplemente abandonando la idiota idea convencional de entrenamiento moral, y entonces no ocurrirá ninguna calamidad en la vida emotiva del niño.

Un estudio sobre la vida del niño presenta inevitablemente el problema de la familia como una institución social. En los años recientes ha habido una cantidad de propaganda, llevada a cabo en forma impresionante para la preservación de la «vida familiar» como factor necesario para el bienestar del niño. La corriente de sinsentido, inspirada por la Iglesia, acerca de la santidad de esta institución, obra de Dios, casi no hace falta tomarla en consideración aquí, pero muchos psicólogos y sociólogos están discutiendo ahora la necesidad de detener la desintegración de la familia, como una unidad social, la cual estamos presenciando hoy. Apuntan a los desórdenes sentimentales de los niños cuyas familias se deshicieron en su infancia o después de ésta. Presentan pruebas que muestran que los cuidados de la madre (incluso los de una madre chalada), son mejores que una higiénica niñería (¿guarderías de niños?) movida por un personal bien entrenado y capaz. Los antropólogos también señalan que en toda clase de civilización humana conocida existe cierta clase de familia, y de aquí hemos de inferir que la familia tal y como la conocemos es básica a nuestra especie.

No puedo estar de acuerdo con las implicaciones corrientes de estas sentencias. Parecen evitar la cuestión usando de hechos observables que se ajusten a ello, y apoyan la creencia irracional sostenida, cargada de ceguera emocional. La palabra «familia» es usada para cubrir tres aspectos de un fenómeno: el biológico, el social y el económico. El lazo biológico concierne sin duda alguna a la madre; la madre y el niño son enteramente necesarios el uno al otro, y esto es así para todos nuestros parientes mamíferos. La sociedad que se atreve a separar la madre del niño no durará mucho. Estamos autorizados para pensar de que el padre es también un factor indispensable en la familia biológica, aparte del acto sexual. Todavía tengo que encontrar alguna prueba para esta creencia. Es verdad que la madre sigue teniendo necesidad de relaciones físicas y emocionales con un hombre u hombres; el parir y criar los niños no es toda su vida sexual; pero es presuntuoso pensar que el padre o padres de sus hijos son una necesidad biológica para la crianza de ellos. Este no es el caso seguramente en todos los mamíferos, ni siquiera en nuestros primos los cuadrúpedos, los más jóvenes de los cuales tienen sus padres para alimentarlos en cooperación con la madre. Margaret Mead

(2) Apología pro vita sua, Cardenal Newman.



dijo sobre esto: «La paternidad humana es invención social».

Es obvio que si un niño crece en un medio donde todos los otros niños tienen sus papás, se sentirá solo y tal vez inferior si se da cuenta que él carece de este accesorio común. No obstante, no es fácil decir exactamente cuanto estaría dispuesto a pagar por la **conveniencia social**; muchos niños son más felices después de que el divorcio o la muerte se han llevado al padre que era la causa de la violencia emocional en la casa. El patrón en uso de la familia monógama tiene mucho que decir sobre esto en la historia de Europa. Las investigaciones de Freud le condujeron a creer que la errónea fuerza de los celos y la **ambivalencia** en la infancia, el «Complejo de Edipo», era común a toda la humanidad. Las investigaciones posteriores de los antropólogos han demostrado que existen reglas sociales radicalmente diferentes donde el «Complejo de Edipo» no se presenta normalmente. En civilizaciones como la de los samoanos, el niño casi tiene conciencia de su padre biológico. Recibe sus alimentos de su madre y de un grupo social que no es completamente el más arrimado a sus relaciones sanguíneas.

«Un padre samoano está más ocupado con el cuidado de la buena marcha de las relaciones en todo su grupo social, sus emociones están muy bien difundidas por toda la familia-grupo para sentir el insistente deseo de su pequeño e inquieto hijo por la madre, como una cosa que bien pueda perjudicarle o interesarle. No tiene miedo de su propio instinto sexual, no tiene miedo de su propia habilidad para satisfacer a su esposa, no ve a su mujer como una cosa inestable y exigente, y no se originan en él impulsos basados en la autodefensa para proteger a sus pequeños. De igual forma las madres no se apartan de sus maridos por llevar una vida desagradable a la que han llevado exigencias que nunca podrán realizarse, por un deseo vago de que sus hijos puedan satisfacer tales exigencias. Tal vez la civilización samoana demuestra, de una forma más tajante que ninguna otra de las sociedades conocidas, que la trágica o fácil solución de la situación de Edipo depende de la relación íntima entre padres e hijos, y no es originada por el conjunto de los impulsos biológicos del joven niño.»

Si nuestra civilización está destinada a desenvolverse en dirección hacia una sociabilidad más amplia, y las mujeres consiguen su completa emancipación, es justo suponer que la idea social de la paternidad será suplantada por la unidad social que cuidará de la madre y del niño; cuidarán de ellos no a través de clínicas impersonales y organizaciones de beneficencias, sino dentro del marco de la afección natural y del cuidado personal. Esto aumentará el sentido de la estabilidad y de la seguridad que son tan necesarias a la salud y al desenvolvimiento del niño. Lo que es horrorosamente erróneo con la institución de la familia pequeña es la falta de seguridad, tanto económica como emocional, que proporciona al niño. «¿Qué haré si mis padres mueren o me abandonan?» Este es el problema que asalta a todo niño de nuestra típica familia, consciente o inconscientemente. El niño toma a su madre por cosa suya desde el principio, pero después del primer año la naturaleza del mundo exterior golpea más y más en su cons-

ciencia. Más allá del minúsculo núcleo de la familia ve un bosque de inseguridad; extraños que no le quieren, que no se preocupan por él ni le alimentan. En una palabra, mientras más conoce acerca del mundo exterior más razón tiene para tener miedo de la frialdad e indiferencia social en boga. El niño no puede pensar en clínicas, oficiales de beneficencia y orfanatos municipales, los cuales son sus posibles protectores; todo lo que sabe se limita a sus necesidades de relaciones amables y personales, y no encontrándolas más allá del estrecho límite de su familia (o a lo mejor de una forma muy ligera entre unos amables vecinos), es asaltado por el miedo de que este frágil refugio pueda romperse por la desertión, muerte o separación.

El hecho de que muchos matrimonios sigan viviendo juntos aún llevándose mal, y siendo desgraciados por este hecho, sólo a causa de tener hijos, no hace más que agravar el problema. Los niños, a una edad muy temprana, se dan cuenta de una forma intuitiva de que sus padres quieren separarse, romper la familia, y crecen en una atmósfera de agotadora incertidumbre que es mucho peor que si el temido rompimiento acaeciera de una vez. Agregad a esto las repercusiones de la miseria sexual de los padres, el sentimiento de un doloroso sacrificio hecho por causa de los hijos, y no tenemos que extrañarnos cómo el promedio de la vida familiar de la gente monógama tiende a helar la alegría de la vida en los niños, al mismo tiempo que les roba el fondo de seguridad que está dispuesta a darle. No puede hacer más que repetir lo que he escrito en otro lugar.

«Si fuera caso de planear la conducta del adulto en completo interés del bienestar del niño, el punto cardinal sería hacer desaparecer el tabú del monógamo. Es evidente que el adulto que no goza de la variedad sexual que él desearía tener (inclusive guardando secreto de ello) en el supuesto interés de los niños, van a exigir de sus hijos un pago compensatorio. Mucha parte de la niñez es empleada en pagar el precio que los adultos piden por la abstinencia que ellos han escogido.»

En nuestra busca de la salud social, no necesitamos volver al punto de partida de la civilización primitiva o intentar emular costumbres sociales exóticas que describen los antropólogos y en las que la palabra «familia» cubre instituciones muy diferentes a nuestra institución. La familia tal y como la conocemos en Gran Bretaña está predestinada a la ruina como institución social. Económicamente el Estado está tomando la responsabilidad básica de los niños, desde su estado pre-natal. Y con esa responsabilidad económica va aparejada la autoridad de ser «loco parentis». Pues el Estado no sólo da subsidios monetarios, vitaminas gratis, comidas gratis en las escuelas, etc., sino que decide (contra los deseos de los padres biológicos) cuándo el niño tiene que ir a la escuela, qué clase de educación recibirá, y cuándo dejará la casa para ser soldado. Más y más el Estado está tomando a su cargo lo que se consideraban funciones del padre. Esta clase de paternidad del Estado está mucho más avanzada ahora de todo lo conocido hasta aquí, tanto en su ostensible «benevolencia» como en lo absoluto de su autoridad. Estamos presenciando la emancipación parcial de la mujer del dominio de sus



padres y maridos, sólo para convertirse en instrumento del gran patriarca, de quien no hay medio de escape o divorcio: el Estado.

Es un sinsentido intentar volver a la vieja fórmula de dominio familiar como reacción al dominio del Estado. Esta reacción, que la Iglesia patrocina, está condenada al fracaso. Los que sabemos lo que representa el encadenamiento de la dominación del Estado, podemos apreciar ampliamente los peligros para la sociedad humana del burocrático gobierno paternal y en su lugar proponemos la revolución por un aumento de sociabilidad que se haga cargo de los moribundos principios de la familia patriarcal.

No pretendo cargar a los biólogos cuyos trabajos de conjunto produjeron el Peckman Health Centre (desgraciadamente en suspenso ahora) con mi propio análisis sociológico, pero yo señalaría sus trabajos sobre la unidad-familia como una sorprendente ilustra-

ción de cómo la oportunidad de ejercer la sociabilidad natural fuera del círculo de la familia da al adulto, al adolescente y al niño (sí, incluso al feto) una nueva salud tanto física como emocional, la cual no es posible dentro de los círculos restringidos de la familia. Porque la familia en sí tiene esta característica esencial: limita las relaciones humanas de cada uno de sus miembros. Yo espero que el Peckham Health Centre, no tome unas miserables migajas de confort de una inclinación progresiva en la ciénaga de la vida asocial, sino que como hombre de ciencia mire como ejemplo lo que la salud del organismo humano puede realizar en ciertas condiciones, y cómo el patrón-familia se está poniendo fuera de moda, es importante considerar qué forma progresiva podría reemplazarlo.

Tony GIBSON

(Trad. J. Ruiz).

# LA CIVILIZACION CONTRA LA CIVILIZACION



**L**A catástrofe que nuevamente comienza a sacudir al mundo ofrece, particularmente para todos los que residimos en este hemisferio, signo de singular preocupación y motivo suficiente que, por imperio de lógico razonamiento, debemos ver con los ojos del alma. Las consecuencias materiales que este fenómeno encierra y envuelve a tres cuartas partes de la humanidad, va adquiriendo proporciones tales y caracteres tan trágicos que señalan el declive de un estado de civilización. Estos antecedentes inducen a una reflexión seria en cuanto atañe a las perspectivas del futuro, haber inalterable con que cuenta la humanidad en su padecer eterno.

Los factores morales que resultan de la contienda en esta batalla del siglo son todavía más pavorosos, ya que suponen la bancarrota de principios y sistemas considerados, hasta apenas unos años, como inalienables e incontrovertibles. Sin embargo, por esa carencia de responsabilidad que parte de los hombres hacia los pueblos, estos hechos sorprendentes trastornaron de tal modo el andamiaje de nuestra convivencia en grado tal, que encarnan la derrota de las creencias en el viejo mundo, de los órdenes de pensar y desenvolvimiento de la vida de relación. Por asociación de ideas, estos factores repercuten en nuestra vida social, se extienden como reguero de pólvora en la arisca mentalidad de nuestro tiempo tan inseguro,

y prolifera en el cerebro irresponsable, como vía de rápida solución a un interés preconcebido que de otro modo, en períodos normales, sería preciso conquistar palmo a palmo a base de contracción, de estudio efectivo como fruto de una labor perenne. Juzgados a distancia, estos acontecimientos abren una pausa en el ritmo del senso moral y tornan franqueable una peligrosa ruta en las funciones del espíritu, puesto que destruye ídolos, abate héroes y dioses, rompe la armonía en cuyo torno giraba la sociedad y, de pronto, planta a los pueblos jóvenes a las puertas de un futuro insospechado, en plan de ataque.

Así considerados los síntomas de esta dolencia, que intervienen en esta hecatombe, cuando, perdida la fe, el individuo ya no razona sino que embiste, será del caso analizar las posibilidades de humanización que aun resultaría factible valorar. Porque si toda la acción humana tuviera por guía un sacrificio permanente, irredento, no existiría un motivo, siquiera medianamente valedero, que compensara tan grande renunciamiento al derecho de vivir. Pero cabe una satisfacción, al menos admisible, al comprobar que finalmente hemos salido del atolladero en que los acontecimientos de los últimos años nos envolvieron con gruesas redes. Entonces pudimos presentar el cuerpo del delito ante el tribunal de la historia, descubrir a los traidores y enemigos de la humanidad, relapsos de un pasado nebuloso, y permanecemos



aun en pie, desafiando al tiempo y a los acontecimientos. Los campos han quedado deslindados y esa es una victoria, porque pueblos de porvenir seguro en la ascensión a la eternidad, dos caminos se presentan a los ojos de la razón, que conducen a la libertad o a la esclavitud.

El mundo de ayer, que por extensión de conceptos nos vino de la cultura europea, está feneciendo. Y no es posible encerrarse en abstracciones dogmáticas para considerar que el pasado pertenece al campo de la historia. Sería negar la existencia de la vida misma si el individuo tratara de desandar el camino recorrido, dirigiendo su mirada hacia atrás. Lo que ha ocurrido hasta aquí ya no podrá repetirse exactamente. El nuevo mundo que surgió políticamente bajo la presión de la libertad que fenecía en otros extremos de la tierra está adquiriendo reservas espirituales para volcar en el combate de las ideas.

Pero América en modo alguno es ajena al sacudimiento que consterna al mundo social. En los hechos del pasado la cabe parte de responsabilidad, que será necesario reparar cuando nos encontremos chocando los escudos en la actual batalla. Acostumbrado un gran sector humano a la vida fácil, y al disfrute de los bienes terrenales, desenvolvía sus ocios en la molición, totalmente despreocupado por los graves problemas que agitaban al mundo encadenado del otro lado del mar. Este marasmo o estado soporífero, que achataba el descubrimiento, degeneró al fin en hipertrofia. Y fué el retumbar de los cañones, las explosiones que hicieron saltar la tierra en dos guerras sin nombre, que hicieron volver al hombre a la comprensión de la realidad. Hubo que tomar contacto con el mundo ambiente cuando las distancias se acortaron y el estruendo de las bombas ensordecía.

Los problemas que agitan la conciencia universal tienen su origen en la guerra, que en todas las lenguas adquirieron un mismo significado de padecimientos y de muerte. Desde principios del siglo, en que el fenómeno era exclusivamente de Europa, también América, por gravitación de los acontecimientos, ha sido envuelta en la misma contienda. Cuando las distancias se acortan en extremo mayor cada día, el enemigo procedente de las antípodas, siempre está con el arma levantada a nuestra puerta. La tierra se vuelve pequeña en recorrido de distancias y ya nadie puede escapar de un punto a otro, en busca de refugio, pues que siempre caerá en la prisión de los acontecimientos. Sin embargo, América tiene otros intereses distintos de Europa o Asia para resolver sus diferencias. De igual modo, una misión muy distinta a cumplir y procedimientos de otro orden para dirimir sus entredichos. Sin dejar de reconocer que existen muchos puntos de contacto con los problemas del viejo mundo, sobre todo en cuanto al fracaso pasmoso del hombre como entidad moral, existen valores inexplorables del espíritu que pueden pesar en la balanza de las relaciones humanas.

Ciertamente que resulta difícil cambiar la caparazón física del individuo, que continúa siendo un misterio en el caos de las ambiciones desmedidas, nebulosa perdida, meteoro errabundo, desplazado de su órbita, al vaivén a través del espacio, tratando de encontrarse. El hombre, materia permeable que adquiere las formas más variadas y caprichosas con-

torsiones, obedece a un principio de estabilidad sobre la tierra, creado por una civilización materializada e indómitamente despreciativa, en estos instantes se destroza en una lucha terrible, en la que perece su cuerpo y su alma. Los pueblos de otros hemisferios, cuyo recorrido histórico les condujo a tal estado de animalidad durante siglos de pependencias y crímenes, se han formado un estado de cultura bestializada que arranca de los estratos más íntimos de la conciencia hasta los altos estudios universitarios. En su afán de imperar a todo trance, aun cuando para ello tenga que caminar, jadeante, sobre un fango de sangre y pilas de cadáveres, le ha animalizado y, sin ojos para ver el futuro, retorna al primitivismo histórico. Así se ha formado un estado de conciencia particular dentro de cualquier régimen, creando una división de clases, sometiendo voluntades, aplastando inquietudes, aniquilando a sangre y fuego toda superación espiritual.

Dos estados de cultura bien distinta se enfrentan ciegamente. La asiática, amasada en el curso de siglos de asesinatos permanentes, desprovista de sentimientos, y la euroamericana que ha franqueado ese obstáculo secular, dulcificándose en el ideal de redención del individuo por medio de la virtud. Contaminada no obstante por los gérmenes infectos que fueron desplazándose de su campo de cultivo, proliferan en la sangre de algunas entidades de estos pueblos, materializándolos. La forma de convivencia en el mundo de Occidente ha adquirido en los últimos tiempos caracteres peligrosos para la vida normal futura. El atropello inmisericorde del elemento débil por parte del poderoso, tiene todos los signos de una explotación absoluta que recuerda la ofrecida por los nababs de Oriente, en aquellos tiempos en que la persona, sin haber adquirido una condición humana, llevaba los ojos en la nuca.

Nuestra generación ha experimentado las consecuencias de dos guerras tremendas en lo que va del siglo y soportado el saldo de desequilibrio orgánico derivado de tales hechos. Los caracteres resultantes de tales conflictos, han alterado de tal modo las condiciones normales de la vida de relación, que hoy día resulta casi imposible, en determinados estratos sociales, ordenar el pensamiento, alejándolo de la tierra, de la periferia donde ocurren tan extremos fenómenos sociales. Es así que, a falta de un incentivo que impulse al hombre a encarar su futuro, se ha extraviado la imaginación, cerrando las puertas del entendimiento a los sentimientos altruistas, al desprendimiento generoso de la bondad que es fortuna de la especie humana. De todas partes del mundo escuchamos quejidos de angustia, llantos de amargura, gritos de horror y espanto, en presencia de una nueva tragedia que se perfila sobre el horizonte, y que promete invadir el campo de la sensibilidad, borrando con sus sombras el paisaje de la luz y de la belleza.

Después de un esfuerzo tan costoso en vidas y riquezas, tratábamos de enderezar nuestras vértebras y dirigir la mirada al infinito, por tercera vez en lo que va del siglo, viendo el espectro de la guerra proyectarse con rasgos pronunciados. Las cuerdas de la sensibilidad han dejado de vibrar. Las gargantas enronquecieron en vano. Las voces de los profetas que



llamaban a concierto desaparecieron en el olvido. Más fuerte que la razón, más cruel y fría que el verbo, la entraña de la guerra que es exterminio en sus manifestaciones, se hace presente e impone condiciones de predominio, ya como un hecho natural, inalterable y decidido cual si el entendimiento agotara todos los recursos del ingenio para hacer prevalecer su jerarquía moral.

Pero América no ha perdido aun la razón de sus principios para volcarse plenamente en la vorágine de los acontecimientos. Por cierto que si los dueños del mundo no arbitran un medio que permita aplacar el estallido, habrá llegado el momento de considerar los efectos que el triunfo de una cultura de oriente asiático podrá ejercer en las generaciones futuras. Las consecuencias de este desastre, serían de tal magnitud que los ideales que giran en torno al socialismo cristiano en sus diversas acepciones, tendería a ser radicalmente aplastado por el peso de la dictadura que encarnan sus bárbaros procedimientos. Tal cual está dividida en sectores opuestos la superficie del globo, con campos e ideologías en conflicto, ese desenlace sin duda significaría la derrota más grande del espíritu.

Después del primer armisticio, en cuanto a su afecto moral, apareció una expresión nueva de la guerra en una literatura libidinosa de resultados contrapuestos. Explotando un sentimentalismo antibelicoso aparentemente, pero nacionalista en el fondo, el soldado recibió aquella argamasa ávido de distracción, que digería en su paladar. Inmediatamente surgieron en suelo europeo dictaduras de teatro, agitando campanillas, y el alma libre que propugnaba por rasgar el velo y presentar al mundo la verdad, fué encerrada en prisiones. Se clausuraron las puertas de acceso a la verdad. Pusiéronse toda clase de vallas y obstáculos infranqueables en todos los pasos. El hombre fué cargado de cadenas y arrojado a todas las Babilonias de una civilización de acero y petróleo. La guerra no había muerto, porque revivía en el espíritu de aquellos miserables que saciaron sus bajos instintos, destrozando la entraña de donde habían salido. El estallido de la segunda conflagración no se hizo esperar, porque tanto Europa como América sólo habían amortajado la sombra de la muerte, al punto que la verborrea pacifista fué explotada por los tiranos para inclinarla a sus fines belicistas.

América, que había soportado solamente en pequeña escala las consecuencias morales de la guerra anterior, en la segunda debió intervenir en la lucha

abierta volcando todo su poderío industrial en favor de la contienda, que ha provocado una victoria desastrosa. Ninguno de los políticos que actuaron en el escenario de la vida internacional de los últimos cincuenta años ha tenido una visión del porvenir. Embistiendo como cuadrúpedo, confió el triunfo de su predominio al poderío de las armas y no al de la razón. Los saldos desfavorables de las dos contiendas nos presentan las cifras y el caudal de la que se incuba. Los resultados no pudieron ser más negativos. Cuando se pretendió ejercer un predominio comercial sobre determinado sector del mundo, se olvidó el factor político que anularía todo esfuerzo. Y actualmente, la vida del siglo, con los terribles quebrantos soportados, encuéntrase en condiciones más precarias que a fines del anterior, sin que los hombres se atrevan a buscar solución adecuada que garantice siquiera la existencia del individuo a tenor de los progresos alcanzados por la cultura moderna.

Los conflictos del siglo han probado la quiebra del hombre, la derrota de su personalidad, sacrificadas en honor del volumen, de la primacía masificada, que se mueve en forma arrolladora al grito ululante del pescador de pasiones. Industrialismo mecánicamente perfeccionado, centralismo económico de la vida civilizada y reducción a materia prima de la masa humana, tales son los valores en juego expuestos por los contendientes. Y aun cuando una práctica funesta seguida hasta aquí adquiriera los caracteres de desastre, los políticos que tienen la responsabilidad sobre los destinos del futuro, se obstinan en proseguir los mismos procedimientos, cargando sobre las espaldas del habitante de cada pueblo o nación, todo el peso de sus actos y el costo de tan nefastos experimentos. Sin medir el alcance de sus palabras, desenvuelve su torpe acción, siguiendo el trillado camino de sus antecesores que no han logrado fortuna personal, en detrimento de la comunidad. Confiados en la fuerza bruta, olvidan al hombre, elemento que es preciso reincorporar a su predominio para el que está destinado en esta tierra desventurada. Habrá que restituirlo a su personalidad para que pueda rendir un tributo adecuado a los requerimientos de la civilización, en su combate por la vida, en paz con sus semejantes de toda la tierra, por su libertad. Y esta es misión que corresponde al hombre de América, no contaminado totalmente por los vicios de un estado social secular que torpemente arrastra la cultura europea.

CAMPIO CARPIO.

## NUESTRA SECCION LITERARIA

### *"La Vida y los Libros"*

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)



# La zuta sin fin

Novela fantástica y real

## CAPITULO V

### EN EL LLANO

Personas: NICETA, MARIA PIEDAD, MARIA ANGELICA, MARIA CUSTODIA, DON INIGO, DON SERAFIN, ATILANO, DON ISMAEL, DON ONOFRE, DON FIDEL, DON ORENCIO, SARGENTO DE ORDEN PUBLICO, DON MILLAN, MATIAS, EMILITO, MILIN, MONAGUILLO.

Sacristía de iglesia rural. Altos vitrales a un lado. Enormes armarios alineados. En un hueco, la cruz parroquial, de plata. Portezuela al exterior y portón al templo. Ciriales corrientes. Perchero y percha. Bancos. En la caja de antiguo reloj está colgado el añalejo concerniente al rito. Un crucifijo de gran tamaño, bajo aterciopelado baldaquín, y sobre amplia tarima ropero —capaz para la terna—, con asas oxidadas en los cajones. Hállanse dispuestos los ornamentos de la misa. Mesija de mármol y en ella el hostiario y un cáliz vestido de púrpura. Sillón de vaqueta.

NICETA (pañuelo de bolsillo a la cabeza, entra por la puerta grande). — ¿Quién hay por aquí? ¡Atilano! ¡Atilano!

DON SERAFIN. — Cura viejo, que dormilaba. Sudará por la iglesia.

NICETA. — ¡Alabado sea Dios!

DON SERAFIN. — ¡Por siempre sea alabado!

NICETA. — Buenos días, don Serafin.

DON SERAFIN. — Santos y buenos.

NICETA. — Que acudan a Roque el de la Ciria-ca con el Señor.

DON SERAFIN. — Con la Extremaunción será.

NICETA. — Para eso no está enavía.

DON SERAFIN. — Yo mismo he viaticado a Roque.

NICETA. — ¿Que sí?... Claro, me paré con la entenada, viuda recién, y se fué el santo al cielo.

DON SERAFIN. — ¡Y vienes a avisar ahora!

NICETA. — Culpa es de la hijastra, que habla por los codos. ¿La recuerda? ¿Sabe quién digo? ¿Sabe que los rojos le han matado al marido?

DON SERAFIN. — ¿En qué punto?

NICETA. — Por averiguar queda. Sólo que han sido los rojos se sabe.

DON SERAFIN. — ¿Cómo se sabe?

NICETA. — ¿Y a usted le quitaron algo?

DON SERAFIN. — Como no me quitaran la misa...

NICETA. — Les hacen mejor avío las reses.

¡Qué noche, don Serafin!... Seis muertos, y qué sé yo los heridos graves. El fregado empezó en mi calle. De los corrales salió el grito de alarma. Sumados con los gallos que cacareaban, los perros empezaron a ladrar. Iba Ruperto el Sereno aporreando las puertas. Tiros. Muchos tiros. Y también bombas oí que arrojaron los bribones. Ayes por aquí, chillidos por allá: fogonazos, portazos, carreras... Unos caen muertos y otros malheridos. El jollín, a la luz de la luna, no acaba. Huyen los rojos dejándose cuatro muertos. Pues claro, a sus madrigueras de la Sierra, por donde los civiles y el pueblo en masa los buscan... ¿Habrás misa de ocho? ¿Sabe usted si habrá misa de ocho?

DON SERAFIN no contesta: duerme.

NICETA. — Digo yo que harán un solo entlerro... Si ha lugar a la Unción, avisarán. ¡Pobre Roque!

(Sale por la puerta que entró).

MILIN (por la puertuca del corralillo con Emilito). — Ya me la sé, don Serafin.

EMILITO. — Y yo, don Serafin.

DON SERAFIN (espantándose el sueño). — Pronto lo veremos. ¿Dónde estamos?

MILIN. — En la sacristía.

DON SERAFIN. — Sobresaliente.

MILIN. — En la primera declinación.

DON SERAFIN. — Empieza.

MILIN. — Nominativo, rosa. Genitivo, rosa. Dativo, rosa. Acusativo, rosa. Vocativo...

DON SERAFIN. — Rosa por todo. ¡Soberbio! Tú, plural.

EMILITO. — Plural. Nominativo... Nominativo... Plural...

DON SERAFIN. — ¡Ni palote! De esta manera, cuando lleguemos a los pretéritos y supinos, calvos. La misma para mañana.

EMILITO. — ¿Nos vamos?

DON SERAFIN. — Seguid, seguid con la rifa.

MILIN. — ¿Ignora usted que han robado el cordero?

DON SERAFIN. — ¡Santo Dios!

EMILITO. — Queda el collar para rifarlo.

DON SERAFIN. — ¡Virgen del Amor Hermoso, perdónalos, que no saben lo que se hacen!

EMILITO. — ¡Ya lo creo que lo saben!

MILIN. — Mejor que usted.

DON SERAFIN. — ¿Serán capaces de sacrificarlo?

MILIN. — Y de zampárselo.

DON SERAFIN. — Después de todo, para eso era.

EMILITO. — ¿Para que se lo coman los rojos? ¿Pues no son tan malos?



DON SERAFIN. — Pecadores, lo que todos.

MILIN. — Con Dios.

EMILITO. — Hasta mañana.

(Salen por la portilla).

DON SERAFIN. — Si Dios quiere.

ATILANO (viniendo de la iglesia). — Ande usted, que la parroquia de Confesionario le espera.

DON SERAFIN. — Los penitentes.

ATILANO. — ¡Qué pelmas!

DON SERAFIN. — Atilano, que estás en la Casa de Dios. Comerciante en tu tienda, aquí sacristán.

ATILANO. — Más parroquianas son de usted que mías.

DON SERAFIN. — ¡Y dale!

ATILANO. — Emplee las teologías para que compren en mi tienda y no en la del «Cojo».

DON SERAFIN. — Desdichado, ¿ese concepto tienes de la confesión?

ATILANO. — Tengo comercio, y no estoy porque se suba al cielo. Bastará con que imponga de penitencia el comprarme... e irán bien servidos. Veré así el prurito de ustedes de procurar por mis intereses, en vez de lo que veo, y es que el «Cojo» fuera de la iglesia medra más que yo metido de hoz y coz en ella, lo cual, señor don Serafín, es injusto. De la cacareada protección de ustedes, digo que esa y la del candil, torcida; que si no paso de sacristán pelado, de abacero escaso de monises tampoco.

DON SERAFIN. — Ve y ponte de hinojos ante el Santísimo.

ATILANO. — No lo descuido, y en cruz, sí, señor, para encarecerle mi conveniencia, como es; provechoso cajón; compra fiada y venta a tocateja, aunque aplicable me sea ancho para unos y estrecho para otros, en que la ley del embudo se funda; del mal y del lobo, para muestra; la lección del amigo y el pellejo de abadejo; del frutal aquello que el pájaro convierte con el pico en azúcar; y del nuevo régimen, las delicias que los horóscopos prometen.

DON SERAFIN. — Atilano, las paredes oyen.

ATILANO. — ¡Será que no me la he jugado! ¡Esta noche, esta misma noche, como los buenos!

DON SERAFIN. — Yo te hacía con los partidos al monte.

ATILANO. — No quiso el párroco. Además usted solo aquí es como si no hubiera nadie.

DON SERAFIN. — Gracias.

(Sale al templo).

ATILANO. — Usted, disimule.

MARIA PIEDAD, MARIA ANGELICA y MARIA CUSTODIA, por la puerta chica.

(Las Marias: tres toritas).

MARIA PIEDAD. — ¿No han vuelto?

ATILANO. — Aún no.

MARIA ANGELICA. — ¿Lo ves, mujer?

MARIA CUSTODIA. — ¡Quijotes!

MARIA ANGELICA. — ¡Papaíta mío!

MARIA CUSTODIA. — ¡Temerarios!

MARIA PIEDAD. — Da tu opinión, Atilano.

ATILANO. — ¿Sobre la caza de hombres? Valor hay que echarle.

MARIA ANGELICA. — ¡Dios mío!

ATILANO. — Yo creo que se harán con ellos. La partida salió a aprehenderlos, por ocultos que estén, y como la Sierra todos la conocen palmo a palmo, para mí que caerán.

MARIA PIEDAD. — Así sea. ¿Habéis hecho algún ofrecimiento para que vuelvan sanos?

MARIA ANGELICA. — Yo, los siete domingos a San José.

MARIA CUSTODIA. — Yo no sé qué hacer. ¿Qué me aconsejáis?

MARIA ANGELICA. — La vela a María Auxiliadora.

MARIA PIEDAD. — Para mí, el Corazón de Jesús. ¿Os parece?

MARIA ANGELICA. — ¡Gloriosa Patriarca, tráemelo vivo!

MARIA CUSTODIA. — Avisarán para llevarle el Señor a Colás el de la Vicentilla, herido grave.

ATILANO. — Bien.

MARIA PIEDAD. — El Vlático hizo hoy más visitas que en Quasimodo.

MARIA CUSTODIA. — ¡Y espera!

MARIA PIEDAD. — Vamos a lo nuestro.

MARIA ANGELICA. — Pero con devoción.

MARIA CUSTODIA. — ¿A San Antonio? No está el horno para bollos.

MARIA PIEDAD. — ¡Quién piensa ahora en tales cosas!

MARIA ANGELICA. — ¡Ay, mi papá!

ATILANO. — Señoritas: arroz bomba y alubia abulense, en mi tienda.

MARIA PIEDAD. — Gracias.

MARIA CUSTODIA. — Dones espirituales necesitamos.

ATILANO. — Tripas llevan pies.

MARIA ANGELICA. — Hasta luego.

(Salen a la iglesia).

MONAGUILLO (desde el exterior). — ¡Señor Atilano, venga, que están aquí!

Sale ATILANO, volviendo a poco con el MONAGUILLO. En seguida, DON INIGO (cura párroco), DON ISMAEL (alcalde), DON ONOFRE (secretario), DON MILLAN (maestro), DON ORENCIO (albeitar) y SARGENTO de Orden Público. Al propio tiempo, DON FIDEL (médico) y MATIAS (barbero), por la puerta principal.

DON FIDEL. — «Salutem plurimam».

MATIAS. — ¡Albricias!

SARGENTO. — Doctor, todos unos valientes. El «pater», un héroe.

DON FIDEL. — No me sorprende. Siempre he creído que en don Inigo hay un Anibal.

DON INIGO. — Sin distinciones, que no cabe hacerlas: cada cual se ha superado a sí propio.

DON ISMAEL. — La caza ha sido copiosa.

DON ONOFRE. — Caza mayor.

DON MILLAN. — ¡Hermosas, hermosas piezas!

MATIAS. — No veo los morrales.

DON ORENCIO. — Están en la Casa de la Villa.

DON FIDEL. — Bajo llave, por supuesto.

SARGENTO. — Eche usted «jerro», doctor.

MATIAS. — ¿Cantarán la gallina?

SARGENTO. — Eso vendrá luego. Si les gusta la ópera, tomen ustedes entrada.

DON ORENCIO. — El Sargento es todo un profesor de canto.

DON ONOFRE. — ¡Para que luego hablen de las autoridades rurales!

DON MILLAN. — Hora es ya de que se nos conozca.

DON ISMAEL. — De mi cuenta corre. Como alcalde y como ciudadano seguro que la hazaña realizada no caerá en saco roto.

DON ONOFRE. — Lo que yo, secretario, certifico. (Risas).

DON ISMAEL. — Cazados los «capitostes», la búsqueda de rojillos continúa. El hecho de esta ma-



drugada nunca más se repetirá. Pronto la sierra quedará limpia de malhechores.

DON INIGO. — Yo voy más lejos que el alcalde: Hisphalea quedará limpia de malhechores. (Aplausos). La guerra con tesón y la paz sin contemplaciones. No hay cuartel para la fiera; castigo. (Más aplausos). Caiga sobre los ladrones que han asaltado el pueblo, enlutándolo, la pena merecida. La piedad con el prójimo no es extensiva a las alimañas: eso sería empuqueñecer la piedad. Contra las alimañas, la extinción fulminante. (Frenéticos aplausos). Conscientes de la victoria, que no blandengues. La palma inmarcesible se mustiaría. Pronto tratarían de arrebatárnosla. Vigilemos. La paz no perdona lo imperdonable. La paz, arma al brazo. (Nueva tempestad de aplausos). Oid ahora la santa misa, por los que anoche, en defensa de la nueva era, murieron y por la mejoría de los heridos. El Señor premie vuestro celo.

DON ISMAEL. — A todos las gracias por la cooperación tan valiosa como noblemente prestada. Al templo, señores.

SARGENTO. — Vamos.

(Salen todos a la iglesia, menos el MONAGUILLO, que, revestido para la ceremonia, ayuda a revestir a DON INIGO. Antes el párroco echa un vistazo al cuadernillo que especifica el rito. Cuelga en la percha el balandrán, y acercándose al lugar donde están los ornamentos, tras de santiguarse, toma el ámito y lo besa.

Ajústase el alba, plegada y sujeta a la cintura con el cingulo. Besa la cruz de la estola, cruzándola sobre el pecho y asegurándola con los extremos del cingulo. Besa el manípulo y presenta el brazo al MONAGUILLO para que corra el pasador. Puesta la casulla encarnada, cúbrese con el bonete. Toma el cáliz de la mesita y llega hasta la puerta tras el acólito, que lleva en la mano la campanilla. En este momento entra DON SERAFIN, quien abalanzándose sobre el párroco trata de arrebatarse el cáliz).

DON SERAFIN. — Lave primero su conciencia, que viene de matar hombres.

DON INIGO. — No, fieras... ¡Las fieras que crucificaron a Cristo!

DON SERAFIN. — ¡Vosotros, la ley de Herodes y la espada de Pilatos!... ¡Ellos, los contagiados de su locura!...

DON INIGO. — Réprobo, cura «guillatis», aparta...

(Sale, oyéndose en este instante la campanilla. DON SERAFIN cae de hinojos ante el crucifijo, y, a grito vivo).

DON SERAFIN. — ¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!...

(Carcajada de Atilano, que entra en la sacristía).

PUYOL

# ARMAND.

## decano de los pensadores anarquistas



E. Armand, cumplió sus 81 años el pasado abril. Rócker con sus 80 años es el segundo de los pensadores del libertarismo en vida (en ocasión de su nuevo aniversario «Die Freie Arbeiter Stimme» publicó un hermoso número en «idish»). En esta ocasión, desde las páginas eclécticas de CENIT, recordamos al viejo Armand.

Si tratamos de hacer historia, debemos ser objetivos. Como de la historia del anarquismo se trata, situémonos al margen de nuestras particulares simpatías por tal o cual personaje, por tal o cual tendencia y, delante de los hechos acaecidos, anotemos imparcialmente. Armand representa, pues, el decano de los pensadores anarquistas en vida. Más de medio siglo de militancia por las ideas que le son queridas y diez

años en las ergástulas del capitalismo por defenderlas, son su haber en la aportación a la divulgación del libertarismo.

Armand se reclama de Stirner. El autor de *Der Einzige und sein Eigentum* es el primer autor anarquista aparecido en Europa, según las imparciales búsquedas de historiadores sinceros. Libro que ha provocado el «pánico ideológico» a más de un lector superficial y, como todas las obras se presta a multitud de interpretaciones. J. García Pradas, en las columnas de «Ruta», intitulaba un trabajo sobre el filósofo de Bayreuth: «El salvajismo de Stirner». Lo cual presta a confusiones. Pues en Stirner nada hay de «salvajismo». Su obra, que es una reacción antirreligiosa — como el mismo Nettlau lo reconoce —



hacia los estudios de Bauer, Feubach y Strauss, entre otros, sienta la premisa del **único**, es decir que el individuo debe hacer tabla rasa con todos los fantasmas que anidan en su espíritu, y no sólo religiosos, sino también nacionalistas, autoritarios, etc. Si Stirner basa su causa en el mismo, no quiere decir ello que sea un individualista a ultranza. Entendámonos. Vivimos en una vida artificial en donde necesitamos unos de otros. De dónde se deduce que debemos producir comunmente. Empero, luego de esa aportación al bienestar común, cada uno de nosotros tenemos el derecho de ser nosotros mismos, de vivir nuestras propias vidas, según nuestras particulares sensibilidades. En estas pocas palabras, me parece encerrada la esencia de la filosofía stirneriana. Stirner, entendía que, aun en los **vereins** (asociaciones) el individuo, debía ser **él mismo**. Pues resulta que en la era vulgar cuyo transcurso abarca ya dos milenios, se pretende que pensemos en serie, formemos recuas gregarias, bostecemos en coro, aullemos con los lobos o que mujamos con los rebaños. Como de la peste hay que apartarse de tales pretensiones... Han Ryner nos lo enseña cuando expresa: «Cada hombre debe él mismo responder, y para él mismo, a los problemas planteados por la vida. El apóstol que osa una respuesta universal es, lo sepa o no, un tirano. Pues traía de substituir otras conciencias por la suya». Añadiendo luego, «hermano, no importa el lugar en donde hayas nacido ni lo que siempre hayas pensado. Yo no te pregunto para amarte si habitas tal orilla del río, moras en tal pendiente del monte o profesas tal lado de la tesis...»

Como pensador verdaderamente antisocial e individualista, citemos al pasar a Palante, el bretón autor de «Las Antinomias del Individuo y de la Sociedad», pero no interpretemos erróneamente a Stirner que, dicha sea la verdad, nada tiene de «antisocial» verdaderamente, sino que sus enseñanzas tienden a profesar la armoniosa convivencia de individuos respetuosos al maximum de sus diferentes individualidades. En la última edición gala de «El Único y su propiedad», merced a la gentileza de Fernand Planche — autor de las últimas biografías sobre Kropotkin y Luisa Michel — Armand escribe un prefacio admirable, precedido por algunas palabras introductorias de Planche. A él remito al lector, para documentarse sobre Stirner sin confusionismos partidistas.

Armand, si ama a Stirner, no sólo se reclama de él particularmente. Su revista de postguerra «El Único», una de las revistas más valiosas que cuenta la bibliografía anarquista actualmente, sigue las tesis de Warren, Stephen Pearl Andrews, Lysander Spooner, Henry David Thoreau, John Henry Mackay, Han Ryner, etc. Sobre los primeros de estos pensadores, sin olvidar tampoco a Tucker, el animador de «Liberty», y para no involucrar demasiado el presente estudio, deberá el lector que esto interese consultar la obra asequible de Rocker «El Pensamiento liberal en los Estados Unidos». En casi todos los ejemplares de «El Único» puede leerse: «Fruto de una iniciativa individual — sin fin lucrativo — «El Único» se reclama de la tendencia contractual y mutualista del individualismo anarquista — su obra consiste a desarrollar entre los que lo leen un sentido

profundo de la responsabilidad personal y recíproca (la libertad igual de cada uno deteniéndose allí donde amenaza lesionar la del prójimo, y su acción cesa allí donde amenaza causar el sufrimiento del prójimo) — se sitúa sobre un plan a la vez idealista y realista, dando la prioridad a la construcción de la ética individual por la autoconsciencia, renovación, cultura, revalorización, afirmación, aportación y documentación de la unidad humana. Esperando el acontecimiento de **la sociedad sin gobierno**, es decir de un estado de vida social fundado sobre la multiplicidad de las familias de elección, de los medios afinarios, de las asociaciones o federaciones **voluntarias**, concebidas y funcionando sin ingerencia exterior, sin contrato impuesto desde afuera, siendo toda garantía dada al aislado de evolucionar al margen, si así lo prefiere, y a sus solos riesgos y peligros, «El Único» reconoce posible, por el juego de la voluntad de acción, toda realización, al menos parcial, de esta aspiración».

Antes de proseguir aclaremos conceptos. Armand se reclama del individualismo anarquista. ¿Qué es tal «individualismo»? Pues sencilla, racional y verdaderamente lo siguiente: mientras que las tendencias colectivistas y comunistas del anarquismo (Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Faure, etc.) entienden que sólo es posible la transformación social mediante la llamada revolución social (históricamente intentada en la Ucrania de Makno y en la España de Durruti; utópicamente mediante obras de altura, tales «Mi comunismo» del propio Faure y «Noticias de ninguna parte» de W. Morris), la tendencia individualista del anarquismo milita en favor de las comunidades agrarias o industriales, viviendo en el seno de la propia sociedad autoritaria. Ahí están los ejemplos de Josiah Warren, cuyas comunidades ya existían cuando en Europa Stirner no había escrito aun su obra ni Proudhon escribiera por primera vez el vocablo **anarquía**. Objeciones de peso son las de la probable posibilidad de tales comunidades. Empero, descartando los pareceres y ateniéndonos a la real historia, si tales comunidades fracasaron durante décadas de realizaciones, fué por la defección de sus miembros y no por la «destrucción» de los autoritarios. Ahí está la colonia Aymare, en la propia Francia, navegando viento en popa. Esto es pues, tan solo, el «individualismo» anarquista, que, a decir verdad, podría más bien denominarse, mutualismo. Puede existir una mujer o un hombre que, por sus particulares idiosincracias, prefieran vivir solos. Pues bien, si de ello son capaces, nada hay que decirles, siempre y cuando vivan libertariamente. El ejemplo de Henri David Thoreau en Walden es, en este aspecto, aleccionador.

Armand ha simpatizado durante su larga vida con tales comunidades. Con el título «Formas de vida común sin Estado ni autoridad», se publicó en España una interesante obra de él, con algunos estudios perdurables sobre el tema. Y su actual revista, en la sección «Al margen de las compresiones sociales», registra todos los ensayos de vida en común que aun subsisten. Al lector de documentarse al efecto.

Sin embargo, en donde Armand demuestra audacia de pensamiento, es en su concepción libertaria de la sexología. Pluralismo y camaradería amorosa. Su



radicalismo de antaño, en este aspecto, provocó ciertas suspicacias. No obstante, Armand sigue la tesis de los anarquistas científicos americanos, partidarios de la completa libertad de los sexos. Pluralismo amoroso defendido por otros pensadores, como por ejemplo, el mismo Han Ryner en su magnífica trilogía: «El amor plural», «Tomadme todos» y «Las orgías en el monte». Sería casi inútil escribir, pero creo es necesario, para evitar erróneas interpretaciones, que el pluralismo amoroso defendido por Armand representa racional concepción de la verdadera liberación sexo-sentimental.

Armand es autor de libros valiosos, por ejemplo: «¿Qué es un anarquista?», «La iniciación individualista-anarquista», «Flores de soledad y puntos de apoyo», «Perfiles de precursores y figuras de ensue-

ño», «La revolución sexual y la camaradería amorosa», «Al margen del vicio y de la virtud», etc., como así incansable animador de «Fuera del rebaño», «Los refractarios», «Allende la contienda», «El almargen» y actualmente «El Único» (L'Unique), cuyo número mensual alcanza ya la cifra 74, revistas todas que testimonian su actividad en pro de la causa de la anarquía.

Terminemos, pues, dejando espacio para otros libros escritores y, saludemos al octogenario Armand, reconociendo su perseverancia sin fallas por la causa libertaria a través de medio siglo de militancia ácrata. Pueda aun alcanzar un siglo de vida, para proseguir su labor de dignificación humana.

Vladimir Muñoz.

## VALOR LITERARIO

### *de William Godwin*

(Conclusión)

Detengámonos unos momentos para oír cómo ataca Godwin los principios de educación militar, que convierte al hombre en máquina. «Cuando se consigue la victoria—escribe—no triunfa la verdad ni tampoco la justicia». ¿Se podría achacar a Godwin el defecto de no haber manifestado su pensamiento acerca del medio de suprimir la guerra? Sin duda se le puede achacar. Pero lo cierto es que el hombre tiene en sí ese medio. No es cuestión de interrogar a Godwin, sino de meditar sobre la propia cobardía, que acepta indignamente el crimen de obedecer.

En el prólogo de la novela «Saint-Léon», las palabras de Godwin son claras como la luz. «Algunos lectores—escribe—me acusarán tal vez de inconsecuencia porque en esta obra se elogian y exaltan los sentimientos de afección familiar, siendo así que en mi libro anterior sobre justicia política no se consideran aquellos sentimientos con el mismo favor ni con la misma indulgencia. Todo lo que me creo en el caso de objetar ahora al respecto, es que durante más de cuatro años traté con todo empeño de buscar ocasión para modificar algunos capítulos iniciales de este libro. No es que crea necesaria ninguna alteración respecto a principios de justicia y otras ideas fundamentales del sistema expuesto. Lo que creo es que la afección familiar es un sentimiento privado inseparable de la naturaleza y de lo que podríamos llamar cultivo del corazón. Estoy completamente convencido de que tales afectos no son incompatibles, en la intimidad de quien los profesa, con el sentimiento más profundo y activo de justicia. La verdadera cordura es la que nos aconseja o recomienda los afectos particulares, pues gracias a éstos la vida y la actividad del espíritu son más completas que sin ellos. Es preferible ver al hombre como ser vital que como piedra o tronco. Y la verdadera virtud aprueba este precepto, puesto que el objeto de la virtud es la felicidad; y viviendo el ser en la intimidad de la familia, tiene repetidas ocasiones de conferir y dedicar a los familiares, sin perjudicar al bien general, una

suma de desvelos y un conjunto de gratos estímulos que pueden ser de pequeña importancia si se consideran aislados, pero no lo son en su totalidad. Al despertar la sensibilidad, al introducir armonías en el espíritu del ser dotado de carácter enterizo y expansivo, se puede esperar que la afección haga al hombre más apto para servicio público y la relación extrafamiliar». Así se expresa Godwin en 1799, en el prefacio aludido, que lleva fecha de 24 de noviembre, pág. X.

Sin duda contribuyó esta mentalidad de Godwin, resumida en la presentación de su segunda novela, a saludar la opinión al autor como transeunte por un camino de feliz ponderación. El antijacobino de febrero de 1800 confiaba en una evolución del pensamiento de Godwin, aquel insurrecto que en «Political Justice» lanzara tantas imprecaciones contra el orden, la moral restablecida y las virtudes familiares.

La sinceridad de Godwin, autor prevenido que dialoga cordialmente con los lectores, fué explotada contra aquél. Decididamente, sus adversarios espiaban sin respiro para valerse del menor gesto y del hecho más insignificante, arremetiendo de nuevo contra Godwin con cualquier pretexto y sirviéndose de la peor intención.

Que al escribir «Saint-Léon» haya querido Godwin rehabilitar a la familia como entidad humana y social, parece fuera de duda. Poco airoso sería insistir, inquirir, buscar otros motivos. Para el autor, lo que importa es «probar lo eficaz y necesario de la afección individual y el valor de la intimidad familiar».

Que no haya equívoco, pues, ante una exaltación de filantropía doméstica, que Godwin sabe recomendar con una profundidad analítica poco común. «El afecto natural—dice—envuelve el corazón con tantos atractivos, hace nacer afectos tan variados, complejos y exquisitos, que quien tratara de apartarse tendría la sensación de abandonar lo primero que merece ser buscado en la vida».

Este grito patético, no lo olvidemos, procede de quien se vió atacado e incomprendido por sus contemporáneos.



El drama interior, de consecuencias graves en el porvenir del escritor, lo vivió éste plenamente, conscientemente. ¿Quién de nosotros no ha pasado por crepúsculos parecidos, sin tener valor para confesar íntimamente su tragedia, mucho menos para publicarla? De nuestra flaqueza de ánimo no podemos culpar a quien afrontó el sarcasmo de los que ya empadronaban a Godwin en el infierno porque atacaba a la sociedad en su base. ¡Ironía de los hechos! «Estaba yo completamente solo—dice Godwin—solo en el mundo, separado por un valladar de mis semejantes. Nadie podía comprenderme ni simpatizar conmigo; tampoco podía nadie tener la menor idea de lo que mi corazón sentía; podía comunicarme con el resto del mundo, hablar de todo a todos, menos de mis propios sentimientos. Tal era mi soledad y no la prisión de Bethlen Gabor».

Este sentimiento es el de un hombre desmoralizado? Probablemente se refleja tal estado de espíritu en la obra «Saint-Léon». Eterna reacción del idealismo en presencia de la realidad brutal. No cabe duda que la parodia de «Saint-Léon» publicada el año mismo que apareció esta obra, refleja el sufrimiento moral de Godwin. Aquella parodia salió con este título: «Voyage de Saint-Godwin».

Si el autor de la parodia quiere cubrir de burlas a Godwin y desestimar el pensamiento de éste con fácil maleficencia, lo que consigue es hacer apreciar más ventajosamente al escritor por los que se esforzaban en comprender sus ideas. Después de comprenderlas, la sátira invitaba a difundirlas. Pero subsistía el sufrimiento de Godwin, tan menospreciado por el parodista.

Se decía en la parodia que Godwin hablaba de cosas que nadie podía comprender.

Atacó Godwin instituciones políticas y normas impuestas. Quería derrocar el sistema que la tradición tenía por acreditado y estable. Hace falta ser doblemente ignorante para no captar las verdaderas razones de los hechos y calificar a la vez estos hechos como cosas absurdas o patrañas. Cuando el entendimiento no quiere o no puede penetrar en el fondo de un problema es fácil la burla, tan fácil como la incomprensión.

Que se haya sentido decepcionado Godwin al verse víctima de tanta incomprensión, es lo que parece explicar sus rectificaciones. Difícilmente se tendrá otra opinión, haciéndose necesaria una buena dosis de cordura para interpretarla.

#### «ANTONIO»

En la tragedia en cinco actos, «Antonio», de W. Godwin, que se considera algo así como el lastimero canto de cisne del autor, encuentro algunas sugerencias que ayudarán al lector a hacerse idea de la obra.

Me valgo de Raymond Gourg al efecto para demostrar que la tragedia «Antonio» fué laboriosamente escrita, aunque por desgracia mal acogida por el actor Kemble, quien aceptó de mala voluntad el papel de protagonista.

Se estrenó la obra el 13 de diciembre de 1800. ¿Qué tema desarrollaba? Vamos a examinarlo.

Estamos en una ciudad española, Zaragoza. Siglo XV. Una joven, Helena, está prometida a Rodrigo, amigo de Antonio, hermano éste de Helena, la cual se enamora de Guzmán en ausencia de Rodrigo. Tal es la intriga, muy de la época.

Poseído Antonio de cólera, mata a su hermana Helena. Aun teniendo en cuenta la época (1800) hay en la actitud del hermano, en sus imprecaciones mismas, un estilo desmesurado. ¿Qué importa la ausencia de la poesía? La ausencia más notada es la de pasión verdadera, quedando la obra en plano monótono y sin interés.

No se salvará la tragedia del fracaso a pesar de la benevolencia del crítico Ch. Lamb. Verá Godwin acentuarse su caída con creciente desilusión y episodios tristes. «La impasibilidad procurada de Kemble, primer actor—se escri-

be en «London Magazine» de la época—aquejado de un acceso de tos inoportuna, paralizó en seco las manifestaciones de simpatía que se notaban en el auditorio y contribuyó señaladamente al fracaso de la tragedia».

Tal vez resultaba Godwin víctima de esa cábala, tan propia de los autores dramáticos no consagrados por el éxito. Todo parece justificar esta opinión. Ya en una carta de Holcroft a Godwin se advierte cierto reflejo de aquella. «Había ya leído—escribe Holcroft—las expresiones de gozo del Times. No se trataba ya de Alcuza—uno de los principales personajes de la tragedia—sino de William Godwin. Era éste, no Alcuza, el que resultaba maltratado, conducido al tribunal y no para ser juzgado, sino condenado. Tenía yo la certidumbre moral de que si se pronunciaba el nombre de Godwin, la tragedia sería rechazada y condenada. Kemble lo sabía perfectamente».

Y sin embargo, creía Godwin que «Antonio» era su obra mejor, lo que resultaba extraño en verdad. Concedemos al autor una inclinación a valorizar sus producciones, y el hecho es muy humano a pesar de todo; pero no podemos olvidar que Godwin tuvo siempre contra él tremendos adversarios. No se le perdonaban sus convicciones revolucionarias. Estas situaban su nombre en el índice de los libres, de los que tuvieron el valor de patentizar las iniquidades de la época.

Sin duda pasó Godwin, después del fracaso de su obra, por un período en extremo penoso. Declina tristemente su carácter. Parece querer encerrarse en el olvido. El entusiasmo y la gloria no sostienen mucho tiempo el fuego encendido en este bajo mundo, dispuesto a adular a las figuras notorias del día que con ayuda de una publicidad escandalosa consiguen aureola personal.

#### «CLOUDESLEY»

Refiriéndose a otra obra de Godwin, «Cloudesley», tenemos el testimonio de Raymond Gourg: «Después de sus aventuras en Rusia—escribe Gourg—el joven Meadows entra al servicio de lord Danvers como secretario. Lord Danvers explica sus desventuras a Meadows. Cloudesley se hace cómplice de lord Danvers mediante la substitución de un niño muerto al nacer por el hijo con vida de Irene, viuda de su hermano. El niño desheredado por lord Danvers es educado por Cloudesley y se revela como un modelo de virtudes. Lo que se propone Cloudesley, es reivindicar en favor del menor honores y riquezas. Este designio resulta favorecido por la racha de contratiempos que se abaten sobre lord Danvers, que va perdiendo todos sus hijos uno a uno en castigo de su crimen. Cloudesley es símbolo del remordimiento, como Mandeville del odio».

\*\*\*

De la obra literaria de W. Godwin en su conjunto, parece que no se consideran firmes vencedoras del tiempo más que dos obras: «Caleb Williams» y «Saint-Léon».

La opinión parece pertinente y queda aceptada con cierta seguridad por Leslie Stephan, quien escribe en un trabajo de la «National Review» en 1902: «Si cualquier crítico quiere ahondar más allá, me temo que sufra una decepción».

Se puede interpretar esta opinión sin compartir del todo tanta aprensión, estando convencidos, por el contrario, de que toda obra literaria de W. Godwin merece nuestra mejor atención. Véase lo que escribe Benjamin Constant en sus «Mélanges de littérature», pag. 211-212: Godwin, el autor de «Caleb Williams», gozó cierto tiempo en Inglaterra y Francia de celebridad considerable. Sus dos novelas, la que acabo de nombrar y otra titulada «Saint-Léon», se han leído con avidez, siendo traducidas a muchas lenguas. La primera, muy superior a la segunda, pinta con señalada energía y colores sombríos la imposibilidad de ocultar un



crimen, consignando cierta combinación de circunstancias, a menudo extrañas, aunque casi siempre inevitables, de las que resulta que lo que se suponía oculto queda de repente visible a plena luz. La segunda novela, si bien aparece llena de ingeniosas y atrevidas consideraciones, alcanza menos interés porque el autor introduce en la obra el factor sobrenatural, lo que impide que no se sienta el lector afectado por la veracidad de los caracteres ni por el conocimiento del corazón humano. Sin la mezcla desdichada de sortilegio y magia, la obra quedaría a buena altura. Las dos novelas han contribuido menos a la celebridad del autor que su tratado de «Justicia política».

Para Godwin—y basta referirse a esta obra de base—el deber moral está todo él comprendido en la justicia. «Este imperativo de justicia nos manda—escribe Godwin—producir todo el bien que nos sea posible».

Justicia y deber están, pues, íntimamente en unión, en intercomunicación. Y todavía es preciso agregar la libertad, puesto que para Godwin no es aceptable ninguna especie de coacción, límite o promesa, llegando a preconizar la desaparición de gratitud y piedad en el sentido conmisericordioso y afirmando que la razón activa no puede inspirarse más que en consideraciones de utilidad general.

Sin duda se impondrá un viraje en la significación absoluta o absolutista de tales opiniones. Tal vez el mismo Godwin retrocede voluntariamente, revisando sus puntos de mira, en exceso aventuados. Deslindar estos problemas requiere un examen profundo y detenido, que no entra en el marco de nuestras preocupaciones del momento. Así y todo, no se puede discutir que Godwin demostró un talento extraordinario. Su obra, de importancia incuestionable, aportó señalado valor a la literatura inglesa. Es imposible soslayar esta afirmación a pesar de que haya quien lo desee.

En la obra literaria de aquel ingenio, hay un llamamiento incesante a esperanzas armoniosas, una esperanza intensa en favor de las más humanas realizaciones. Que estos pensa-

mientos permanezcan incomprendidos, como extraños a ciertas mentes y que surjan controversias, nadie puede ponerlo en duda. Pero es dable afirmar con el brío necesario, que Godwin se esforzó tesoneramente en despertar el Universo de sus lectores, sugiriendo ideas de libertad y dignidad.

Que estas convicciones se coordinen con normas legítimamente aceptadas, he ahí lo que deja entrever la clave y el alcance ideario de Godwin. A causa de estas perspectivas, tan peligrosas para el orden establecido, la obra de W. Godwin se vió contrapuesta a intereses de monopolio y se deformó sistemáticamente en lo esencial, llegándose incluso a ridiculizar al autor y a hacerle objeto de constantes persecuciones.

El mundo actual no vale mucho más que el de Godwin. Por este motivo de insuficiencias paralelas, es aquel ingenio el eterno olvidado. Se prefiere glorificar estrellas y vedettes que dan relieve a la inteligencia despierta y al sentimiento de bondad acendrada.

La ancianidad de Godwin fué triste como ninguna. La más patética miseria marca los quince últimos años de su vida. Tuvo que sostenerse gracias a manos amigas, entre éstas la de Byron, que le ayudó generosamente.

No consiguió que sus obras le facilitaran el provecho material que tenía derecho a esperar. ¿Quién puede culpar a Godwin si, en las postrimerías de su vida aceptó un cargo de funcionario? ¿Cuántos allegadizos a los gobiernos dudaron menos que él antes de figurar en las plantillas sin encontrarse en la desesperada situación de Godwin!

Saludemos la memoria de Godwin y su genio libertario, tan íntimamente incorporado a su obra literaria. Esta nos lo revela como precursor de nobles ideas que han de ser recuperadas y propagadas con fervor por pensadores y hombres de acción anarquistas en la segunda mitad de nuestro siglo.

Hem DAY.

# LA DISENTERIA



En un libro en extremo notable de Zinsser, tan entretenido como instructivo, que titula «Rats, Lice and History» (1935) (Las ratas, los piojos y la Historia), el ilustre bacteriólogo norteamericano, hace la peregrina afirmación de que el tifus, la peste, el cólera, la tifoidea y la disenteria, han decidido mayor número de batallas que todos los grandes generales de la Historia; que se culpa a las epidemias por las derrotas y se acredita a los generales por las victorias, mientras que, en verdad, el crédito debería ser a la inversa.

En la lucha encarnizada entre dos ejércitos de dementes, se desliza silencioso un enemigo formidable, que ataca con la misma saña al uno que al otro, quedando, al final de cuentas, dueño del campo de batalla.

Este enemigo cabalga uno de los briosos corceles del Apocalipsis y se nombra, con temor de todos, la peste.

Reunidos por cientos de miles de soldados, instrumentos del crimen, que mientras redoblan los tambores, suenan los

clarines, y las armas brillan a los rayos del sol, vuestros cuerpos se cubren de mugre por la ropa sucia y la escasez de agua; el frío entumece vuestros miembros, por falta de combustibles, y la desnutrición se manifiesta por una alimentación insuficiente, reduciendo todo esto la defensa de vuestro organismo.

Ese es el momento propicio que la peste escoge para su ofensiva, arrojando a la batalla sus batallones de choque, mandados por los capitanes de la muerte, que se llaman tifus, cólera, peste bubónica, disenteria, malaria, fiebre tifoidea, etc.

¿Cómo! ¿Os quejáis, desdichados? Habéis llamado, como locos, a la puerta de la Muerte, huyendo de la Vida, y la Parca ha abierto de par en par sus brazos para que dormís el sueño eterno en su regazo.

Nunca faltó la Peste, con sus capitanes de la Muerte, en las grandes tragedias de los pueblos, desencadenadas por la locura de los hombres, y con su soplo envenenado completó la obra aniquiladora de la guerra.

Ya nos hemos ocupado del paludismo, como un azote te-



rible de los hombres, por su misma culpa, y ahora toca hacerlo de la disenteria, que también hace los mayores estragos, sobre todo en las conflictos guerreros.

\*\*\*

El ejército de Jerjes I fué destruido, en el año 400 A.D.C. por la peste y disenteria, a lo que debieron los griegos su salvación.

Después de la brillante victoria de los ingleses en Agincourt, en 1415, una grave epidemia de disenteria impidió a Inglaterra ocupar toda Francia.

Durante la guerra civil norteamericana (1861-65) la morbilidad de los ejércitos del Norte fué de 875 por mil. En los ejércitos del Sud la situación era igual o peor.

Cuando en 1744 Federico el Grande invadió la Bohemia y ocupó a Praga, la disenteria ayudó a las guerrillas y le obligó a retirarse a Prusia. Por los mismos motivos fracasó de nuevo en el intento que se hizo de conquistar aquel país en 1778.

En 1792, prusianos y austriacos invadieron el suelo francés para restablecer la monarquía, pero la disenteria se puso el gorro frigio y los rechazó con grandes pérdidas.

La disenteria combatió de firme unida a la peste, el escorbuto y el tifus, en el sitio de Mantua (1796-97), barriendo a franceses y austriacos.

En la campaña de Egipto (1798-1801) los franceses fueron diezmados por la disenteria, acompañada por otros capitanes de la Muerte, como la fiebre amarilla, la peste bubónica, la lepra y el tracoma.

Durante la primera guerra mundial, el ejército británico se vió acosado en Gallipolis e inmovilizado en Mesopotamia por la disenteria.

Durante la segunda guerra mundial, las tropas inglesas de Burna sufrieron intensamente por la disenteria, pero en general los ejércitos alemanes y japoneses fueron afectados más gravemente que los de los vencedores.

Se ha dicho que la brillante victoria de Montgomery en El Alamein dependió en parte de la disenteria que diezmaba a los ejércitos alemanes e italianos.

Incluso la Armada americana, con su excelente sistema sanitario, tuvo epidemias de disenteria en barcos en alta mar, y delante de las bahías de Deleyte y Tokio.

En lo que se refiere a la revolución española, tomé una parte activa en la Sanidad Militar, y no tuve motivo de quejas de organismo alguno, sino de alabanza para todos. Salvo una grave epidemia de fiebre tifoidea que se presentó en algún cuartel de Barcelona, en las postrimerías de la guerra, las condiciones sanitarias fueron buenas. Pero una vez nuestros soldados en Francia, desnutridos y agotados, las condiciones sanitarias cambiaron por completo. Yo me encontraba en Perpignan por aquellos días y fui testigo de una seria epidemia de disenteria en nuestros soldados, siendo los atacados internados en un Hospital militar de aquella ciudad, donde morían a diario más de quince enfermos. En el campo de Argelès, donde estuve internado, se presentaron bastantes casos de disenteria leve, pero muy molestos por la acción de las aguas o de los alimentos; también se dieron casos en nuestros soldados amontonados, de la fiebre de las trincheras, siendo los piosos los vectores de la enfermedad, que tantos estragos hizo en la primera guerra mundial.

\*\*\*

Lo que llamamos disenteria no es una enfermedad fija, como el paludismo, que se debe a la entrada en la sangre del hematozoo de Laverán. Se trata de un síndrome, el síndrome disentérico, que obedece a varias causas que dan el nombre a la enfermedad.

La disenteria clínica puede ser causada por: 1, Shigella;

2, Salmonella; 3, Endamoeba Histolytica; 4, Proteus Morgani; 5, Bacilos Paracoli; 6, un virus.

Uno de los tipos perniciosos del paludismo es el llamado disenteriforme, muy frecuente en esta selva, y que produce los mayores estragos, porque al no tratarlo como tal, y sí como una disenteria corriente, la muerte es inevitable, cuando el enfermo se hubiera salvado sin mucha dificultad. Vamos a ocuparnos de dos formas de disenteria, las más comunes, y las que más estragos ocasionan en los hombres: la disenteria amibiana y la disenteria bacilar.

La disenteria amibiana tiene un carácter esencialmente endémico y se manifiesta por casos esporádicos. Las formas epidémicas son excepcionales. Es poco contagiosa y aparece de preferencia en los países tropicales.

La disenteria bacilar, que se manifiesta en el mundo entero, es epidémica y muy contagiosa, constituyendo un azote terrible en los lugares de trabajo. También se han observado formas esporádicas (?) por casos aislados, sin formar foco de contagio. Estas formas pueden presentar el carácter de diarreas disenteriformes, y aun de diarreas bananicas, sobre todo en los niños. A veces se presentan al comienzo y al final de las epidemias.

\*\*\*

En la reunión anual de la Sociedad Norte-Americana de Medicina Tropical, celebrada en Nueva Orleans en diciembre de 1948, el presidente del Congreso, D'Antoni, autoridad reconocida en la materia, señalaba que la poca atención prestada por los médicos a la amibiasis se debía a la escasez de literatura sobre esta enfermedad. Y añadía: «de acuerdo con nuestros conocimientos actuales la amibiasis constituye un problema de extrema gravedad y merece la consideración detenida de las autoridades sanitarias, así como de los clínicos prácticos».

La amibiasis, también llamada disenteria amibiana, enteritis amibiana, o colitis amibiana es una infección localizada inicialmente en el intestino grueso, en el colon, causada por agentes patógenos diversos. La palabra disenteria viene de una voz griega que significa dolor de tripa, término empleado ya por Hipócrates. Ahora vamos a ocuparnos de la disenteria amibiana. La historia de la disenteria es a la vez muy antigua y muy moderna; muy antigua porque el síndrome disentérico ha sido señalado en todos los tiempos y en todos los lugares; muy reciente, porque la etiología de este síndrome data del año 1886, cuando Cartulis llamó la atención sobre la presencia constante de amibas en el intestino de enfermos afectados de disenteria en los países tropicales. En Alejandria observó 500 casos de la enfermedad. En 25 casos de abscesos del hígado, una de las más graves localizaciones de la disenteria, encontró amibas en las paredes de los abscesos. El mismo científico mostró los caracteres opuestos de la disenteria amibiana y bacteriana. Pero es solamente en 1811 (Lutz, en Brasil) que se precisan nuestros conocimientos sobre los dos virus principales del síndrome disentérico. La existencia de portadores sanos, agentes importantes de transmisión, se debe a H. Vicent, en 1909.

Aunque la disenteria amibiana se presenta por casos esporádicos, puede hacerlo en forma de epidemia, si las condiciones son favorables, y se debe la mayoría de las veces a aguas contaminadas. Un ejemplo clásico de una epidemia debido a la contaminación de las aguas se presentó en algunos hoteles de Chicago, en 1936, siendo 1.400 los atacados con más de 100 defunciones. En Filipinas, hubo frecuentes epidemias localizadas en las tropas del ejército de los Estados Unidos que operaban en el campo y bebían agua contaminada de pozos y manantiales. Craig (1917) observó en El Paso (Texas), una epidemia en la que hubo 118 casos de ataques entre las tropas acampadas en la ciudad, y que, según todas las probabilidades, la causa fué la contamina-



ción de alimentos con deyecciones de moscas muy numerosas en los campamentos, que se habían alimentado con excrementos que contenían quistes de histolytica. Una epidemia parecida fué observada por Faust en Kuling, China, en agosto de 1921, y que se debió a una plaga de moscas procedentes de una aldea en que había muchos portadores de amibas. En este lugar en que me encuentro suele presentarse una epidemia casi todos los veranos; la mayor conocida tuvo lugar en 1944. Por el número de víctimas que hizo y la forma fulminante en que se presentó, la gente le dió el mote de «el apagón».

\*\*\*

Las amibas (de una palabra griega que significa cambio) son pequeños seres microscópicos, unicelulares, que pertenecen al grupo de los protozoarios, incoloros y transparentes, cuya forma varía constantemente a consecuencia de la formación de pseudópodos, y pequeñas prolongaciones protoplasmáticas generalmente lobuladas, que son los agentes de la locomoción y de la presión de los alimentos. Entamoeba disenteriforme es a la que nos referimos, como causante de la enfermedad que describimos.

Esta amiba recorre tres estados en su ciclo vital: un estado en el cual es móvil o de trofozoito; un estado prequístico y un estado quístico, inmóvil.

Las formas móviles o trofozoitos penetran en los tejidos y producen lesiones; los quistes no se forman en los tejidos del hombre, sino solamente en la luz del intestino, cuando las condiciones resultan desfavorables para la producción de los trofozoitos.

Los quistes evacuados en las heces de las personas infestadas son ingeridos con los alimentos y bebidas contaminados, atraviesan en el nuevo huésped el estómago y el intestino delgado y se enquistan en la porción inferior del ileon y colon ascendente, y entonces cada quiste produce una amiba o trofozoito.

Los trofozoitos se dividen por esciparidad en la luz del intestino y en los tejidos, y constituyen la forma invasora de la amiba. Los quistes son la forma de contagio.

En la práctica médica es muy difícil determinar el período de incubación de la disentería amibiana, es decir, el tiempo que media desde la entrada de los quistes ingeridos, la virulencia del agente patógeno y la resistencia del individuo. Hay portadores de amibas que las tienen meses y años, con ligeras molestias que pasan desapercibidas, hasta que de improviso estalla la enfermedad.

Los síntomas de la disentería amibiana varían en los individuos. En algunos son fulminantes, seguidos de muerte en poco tiempo, mientras que en otros son muy ligeros, con rápida mejoría. Cuando el comienzo es súbito, puede haber ataque agudo de dolor abdominal, con frecuencia acompañado de escalofríos. Luego aparece un intenso deseo de defecar. Las primeras heces salen formadas o semiformadas, pero las que siguen se hacen flúidas o semiflúidas y contienen mucha sangre o mocos. A veces, en los casos graves, las defecaciones consisten en un moco sanguinolento y girones necróticos de la mucosa intestinal. Los dolores o tenasmo en las proximidades del ano son en extremo molestos y persistentes. El número de deposiciones, en los casos graves, puede llegar en las 24 horas a más de 40, a veces a cada momento. El enfermo queda rápidamente agotado, se queja de fuertes dolores en la región lumbar, gran debilidad en las piernas y de depresión mental. En los ataques ligeros no hay nunca fiebre, pero en los fulminantes la temperatura puede pasar de 40°.

A veces la disentería tiene un comienzo gradual, con una diarrea más o menos acentuada que dura varios días, antes que aparezcan sangre y mocos en los excrementos.

El tipo de disentería gangrenosa y fulminante tiene un

comienzo súbito con gran postración; la fiebre es alta; el número de evacuaciones es excesivo; la intoxicación profunda. Esta disentería suele estar complicada con la bacilar o infección piógena, y todos los enfermos mueren entre los cinco y diez días. Por fortuna, esta disentería es rara donde los enfermos están bien asistidos.

Estos enfermos se quejan, durante el ataque del vientre, a la palpación; la piel toma un color cetrino, que puede ser ligeramente hictérico, si el hígado está afectado, y la emanciación es rápida en los casos graves.

Cuando estos enfermos no se tratan o lo hacen de una manera incompleta, la disentería toma un curso crónico que dura hasta años y produce un estado de invalidez. Los mismos que la sufren, ignoran su dolencia, en la ignorancia que viven. En muchos casos se trata de una diarrea banal, presentando de vez en cuando brotes agudos, bajo la influencia de un enfriamiento, de una alimentación inadecuada, o de otra causa inapreciable. Los excrementos son de consistencia líquida, coloreados por la bilis, parecidos a los de las vacas. A veces los síntomas son más borrosos y se limitan a molestias vagas del vientre o alguna diarrea ligera. En fin, hay muchos individuos sanos portadores de amibas, como hay con bacilo tífico, que no presentan ningún pasado disentérico o molestias del vientre.

La amiba penetra profundamente en la mucosa del intestino grueso que es su sitio de predilección, y ocasiona ulceraciones a veces tan profundas, que llegan a ocasionar perforaciones intestinales. La amiba, arrastrada por la circulación, penetra en el hígado y ocasiona una de las terribles complicaciones: el absceso hepático. Si atraviesa el filtro hepático, llega al pulmón y provoca diversos accidentes, el peor de todos el absceso pulmonal. Por último, si pasa el filtro pulmonal, penetra en la gran circulación y se fija en varios órganos, entre ellos el cerebro.

La famosa triada de «dedos, alimentos y moscas» comprenden los principales medios de transmisión de la disentería amibiana, sin olvidar las aguas contaminadas. Las personas portadoras de quistes, con o sin síntomas de la enfermedad, son responsables de muchos casos de la infección.

En este artículo voy a ocuparme solamente de la disentería mediana, que es la que más estragos hace en esta selva, siendo excepcional la disentería bacilar, cuya exposición dejaremos para otra ocasión.

\*\*\*

El término de disentería corresponde a un síndrome que traduce una inflamación del colon debida a agentes patógenos diversos: amibas, bacilos, flagelados, infusorios, helmintos. En esta región tropical la disentería amibiana es la que se presenta con más frecuencia; es endémica y todos los años se manifiesta por epidemias más o menos intensivas. El verano de 1944, la epidemia revistió los caracteres más graves y se presentaron muchos casos fulminantes, no atendidos convenientemente, siendo muy numerosos los fallecidos. No sabiendo de lo que se trataba, la gente llamó a aquella enfermedad el «apagón», por la rapidez con que mataba. Entonces, asustados, y teniendo noticias de que los médicos españoles que habían llegado eran doctores de verdad, no dados al alcohol, estudiosos y desinteresados, marchó a México una comisión de «notables» en busca de un médico ibero. De cómo se toparon conmigo y en las condiciones que yo vine, es cosa que dejamos para otro lugar. El primer enfermo que traté a mi llegada era un hombre de 40 años de edad, alcohólico inveterano, que se había estado curando varios días con vino negro, por sus propiedades astrigentes, creyendo que se trataba de una simple diarrea. La cura por el vino está muy generalizada y mata tanto como la disentería. La disentería de aquel hombre, por



los disparates que había hecho, se había convertido en un tipo gangrenoso de difícil curación. Fué el único que murió; los demás se curaron.

En el atraso en que viven estos desdichados, casi todos analfabetos, sin que nadie se interese en iluminarlos, con relación a la salud, sino en explotarlos inicuaemente, todo síndrome disentérico sin atender a la causa que lo produce, es considerado como una disentería y tratada como a tal, no tratado de ninguna manera, por lo que la mortalidad es alta, y una dolencia de por sí leve, se transforma en una en extremo grave.

Una de las equivocaciones más lamentables es la de confundir una disentería con una forma de paludismo disenteriforme; si se trata como paludismo, en menos de tres días está curado el enfermo, y si no se hace así, muere a poco el atacado. La colitis disenteriforme de los niños, tan frecuentes por aquí, y no difíciles de curar, son tomadas siempre por disentería, y si se tratan como tal, con una medicación imprudente, se terminan por la muerte. Referiremos un caso que ilustra bien lo que decimos. Hace pocos días vino a casa un campesino de un poblado lejano, rogándome le diera medicinas para cortar una disentería aguda que tenía una hija de ocho años. Me negué a lo que me pedía, por parecerme disparatado, y le aconsejé me trajera a la hija para estudiar el caso. Así lo hizo tres días después, y mientras le interrogaba, la niña obró dos veces con sangre en las deposiciones. La observación clínica que hice y el análisis microscópico de los excrementos, me llevaron a la convicción de que se trataba de una colitis disenteriforme, por la ingestión de alimentos nocivos. Mientras que el padre me aseguraba que su hija no había tomado ningún alimento que pudiera hacerle daño, hizo la niña una deposición en la que se veían restos abundantes de una fruta sin digerir, mezclados con mocos y sangre. Entonces el padre hizo memoria y me dijo que la niña había comido una cantidad grande de una fruta sin madurar, que se llama en su lugar «cacao del monte». Así que en vez de tratarla como una enferma de disentería, que le hubiera ocasionado la muerte, por lo escuálida que ya estaba, le di durante tres días una cantidad conveniente de sulfato sódico y quedó curada después de arrojar en las deposiciones más de un kilo de la fruta mencionada.

El abuso de ciertas bebidas alcohólicas suele producir una enteritis con sangre y pujos, confundible con una disentería. Años atrás, encontrándome en la frontera de Haití, vino un soldado a curarse de disentería. Y como le interrogase acerca del alcohol ingerido, el hombre exclamó: «He bebido un alcohol que se vende de contrabando, y que pudiera ser la causa de mi enfermedad, como usted dice, pues cuando lo tomaba me quemaba las tripas, y como a mí les ha ocurrido a otros soldados». El bebitraje se fabricaba en Haití, pasaba de contrabando la frontera y se bebía en los bordes de Santo Domingo. Un caso parecido lo conocí en Alcázar Quivir, en Marruecos, que ocasionó la muerte de algunos individuos. Aquellos musulmanes hacían el mismo caso del Corán que los cristianos de la Biblia. Los cristianos, faltando a su religión, fabricaban el tóxico, y los musulmanes, faltando a su suya, se lo bebían que era un gusto, pasando después de un mal rato al paraíso de Mahoma.

Los que se ponen en cura de la disentería, si no mueren de la enfermedad o de algunas de sus graves complicaciones, como el absceso del hígado, interrumpen el tratamiento en seguida que desaparecen los síntomas más aparatosos, y entonces la enfermedad toma un curso crónico, que suele durar hasta años, con molestias intestinales, y a veces con recaídas graves. Lo mismo ocurre aquí con el paludismo y la sífilis, lo que acarrea las más graves consecuencias. La disentería crónica es larga y difícil de curar, y aquí la padecen numerosas personas. Recuerdo que en Marruecos, en la clase pobre, traté a muchos enfermos que venían a buscarme de Casablanca y del interior.

\*\*\*

Los medios de transmisión de la disentería son bien conocidos y no dejan lugar a dudas.

El contacto directo de hombre a hombre se lleva a cabo con las manos sucias. El individuo infectado que arroja muchos quistes en las evacuaciones es una importante fuente de contaminación y más si se ocupa de la preparación y manejo de los alimentos. Los ejemplos de esas infecciones familiares son muy numerosos.

Las aguas contaminadas también pueden ser vehículo importante de la disentería.

Uno de los factores más importantes del contagio son las moscas que se crían y alimentan con excrementos humanos y otros desechos. Y lo mismo podemos decir de las cucarachas.

Son también peligrosos todos los objetos impregnados por el virus, como los locales y vestidos, y sobre todo las letrinas frecuentadas a la vez por enfermos y sanos; estos últimos sacan en las suelas de sus zapatos el agente del contagio. Así que puede decirse que la disentería es la enfermedad de las manos y de los pies sucios.

No voy a ocuparme del tratamiento de esta enfermedad, porque es un asunto técnico que compete al médico, pero sí diré algo acerca de las medidas que pueden llevarse a la práctica para evitarla, que interesan a todos y que entran de lleno en la medicina preventiva.

Hay que controlar a los enfermos que padecen disentería, tratándose de una enfermedad contagiosa, que puede transmitirse de una manera directa, de hombre a hombre. Se impone el aislamiento de los enfermos, en su mismo domicilio, hasta que la salud sea buena en apariencia, aunque puede llevar los quistes toda la vida. Hay que desinfectar las deyecciones de los enfermos, las ropas y los utensilios con que estén en contacto. Las cosas de poco valor, como la paja y las hierbas sacas, sobre las que ha estado acostado el enfermo, es mejor quemarlas. Los portadores de quistes, que riegan la enfermedad, deben ser tratados. Eviten los individuos sanos en lo posible todo el contacto con los enfermos. Lavarse cuidadosamente las manos antes de las comidas, y desinfectar bien las suelas de los zapatos. Vigilar la higiene alimenticia y hervir el agua. Limpiar y desinfectar las letrinas. Separar a los convalecientes de las cocinas y protegerlos en lo posible del contacto con las moscas. Reducir las horas del trabajo para evitar la fatiga y tomar una alimentación razonable y nutritiva.

\*\*\*

En este infierno verde, donde con frecuencia aparece la disentería, agravada por la desnutrición y a falta de higiene en ropas y viviendas, sus habitantes, en su mayoría analfabetos, palúdicos, alcohólicos y sifilíticos, no se curan de la enfermedad o se curan mal por estar atendidos por curanderos ignorantes y explotadores. Así que los que no mueren, quedan con amibiasis crónica toda la vida.

Ninguna medida preventiva puede llevarse a la práctica y mis gritos porfiados de alarma se han perdido como un eco lejano en la inmensidad de la selva, sin que nadie me haga caso. Es lo que pudiéramos llamar predicar en el desierto. A tal grado de degeneración ha llegado esta gente. Los explotadores y tiranos, responsables de estos crímenes, pueden estar satisfechos con su obra.

La sociedad actual es un monstruo de 100 cabezas que devora sin cesar a los desvalidos, mientras que los malvados hacen su agosto, hasta que a su vez revientan de harta.

Dr. Pedro VALLINA



# Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana<sup>(1)</sup>



CONTANDO con la buena disposición y la acogida fraterna de los compañeros de CENIT, hemos ofrecido por primera vez en una publicación de lengua española, tres ensayos bibliográficos de una importancia particular.

Uno de ellos trazaba un principio de bibliografía del Japón. Periódicos, revistas, libros, folletos, boletines, publicados en el Japón de 1887 hasta 1951. El compañero Yamaga realizó esta reseña a nuestro requerimiento al objeto de ofrecer, a través de esta lista de títulos y de fechas, un cuadro revelador de las inquietudes, del pensamiento y de las corrientes que informan y predominan en el movimiento anarquista japonés. Este cuadro, tomado como base referencial para el conocimiento de un movimiento casi ignorado en esta parte del mundo, se va enriqueciendo con las notas que se publican en la Sección Bibliográfica del Boletín de la C.R.I.A., a medida que se compulsan los materiales que continúan llegando desde el Japón, su periódico regular «La Gaceta Obrera» y su revista mensual «Anarquía».

Se dedicaba otro de los trabajos publicados en CENIT a sugerir un tema aún no desflorado hasta entonces en el orden de las investigaciones bibliográficas: el caso Francisco Ferrer y Guardia. Hemos dado hasta ahora un breve detalle de lo que pudiera ser una vasta y rica bibliografía demostrativa del alcance y de la influencia de nuestras ideas en los diversos campos de la actividad social. La primera parte de esta Bibliografía ha sido trazada por el compañero Hem Day y se ha referido, en forma sumaria y aún no completa, a lo que se ha publicado en lengua francesa acerca de las ideas, de la actividad y del proceso de Francisco Ferrer y Guardia. Corresponde ahora completar este estudio no tan sólo en lo que atañe a la lengua francesa sino en todas las lenguas, a fin de aquilatar la repercusión que adquirió en el mundo el proceso realizado en España contra el racionalismo y contra la Escuela Moderna, contra el avance social y pedagógico y contra la anarquía, proceso encarnado en aquel entonces—ante los ojos del mundo—en Francisco Ferrer, maestro racionalista y anarquista militante.

El tercero de los trabajos publicados se refiere a William Godwin. Es poco conocido, en lengua castellana, este escritor inglés considerado como uno de los precursores de la filosofía anarquista y de su concepción acerca de la justicia social. Su «Estudio sobre la Justicia Política» ha contado con muy escasas ediciones en español, tres a lo sumo, y se desconoce casi totalmente su vida atormentada y su obra literaria. Requerimos al compañero Górgen, residente en Inglaterra, la realización de un estudio bibliográfico so-

bre William Godwin, trabajo al que se dispuso inmediatamente. Agregamos por nuestra parte algunos títulos y referencias que se hallaban a nuestro alcance y lo enviamos a CENIT, donde obtuvo grata acogida.

Ofrecemos hoy un nuevo trabajo a través del cual podría trazarse un esbozo histórico de las inquietudes, la evolución y el desarrollo del movimiento anarquista italiano. Debemos este esfuerzo al compañero y amigo Ugo Fedeli, a quien hemos tenido ocasión de presentar a los lectores de CENIT al traducir su estudio sobre el movimiento Makhnovista y sus apuntes acerca de la Plataforma. Esta bibliografía de publicaciones anarquistas nos traza un cuadro vivo, atrayente, expresivo, de lo que fué y de lo que es el movimiento anarquista italiano, con sus virtudes y sus contradicciones, con sus características peculiares, tan ricas en expresiones diversas, en reflejo de su actuar vigoroso y lleno de vitalidad.

Completará Fedeli este trabajo, reducido hoy a la presentación de periódicos y de revistas, con un detalle más completo de libros, folletos, boletines, manifiestos, etc... Ya ha comenzado esta obra sencillamente enorme, por lo que pensamos poder traducirla rápidamente al objeto de presentarla a continuación de la presente.

Acaba de aparecer un libro que es complemento indispensable a la reseña bibliográfica. Se titula «Un trentio di attività anarchica 1914-1945». Se trata de un resumen cronológico de hechos y de actividades que corresponden al impulso directo de los militantes italianos—tanto en Italia como fuera de Italia—y a las repercusiones de estos hechos y actividades en Italia y a través del mundo.

Con este libro—en cuya realización ha colaborado directamente el propio Fedeli—y el estudio «Bibliográfico» que presentamos hoy, agregado a la copiosa documentación dejada por J. Gillaume y por Max Nettlau, podremos esquematizar las líneas generales de una Historia del Movimiento Anarquista Italiano.

\*\*\*

Si nos referimos a estos trabajos ha sido con objeto de llamar la atención de los compañeros en torno a una labor cuyo importancia escapa—por lo general—al interés de los militantes de un movimiento, tan rico, tan vasto e importante como lo es el movimiento anarquista.

Podríamos afirmar, sin temor de incurrir en equívocos, que nos desconocemos a nosotros mismos. Que vivimos, en cada país, reducidos a nosotros mismos y sujetos a los acontecimientos del momento. Ligeros intentos tratan aquí y allá, de trazar la historia de nuestro movimiento, intentos que difícilmente logran abarcar ciertos aspectos generales de este complejo tema.

«Somos más ricos de lo que pudiéramos imaginar»—decía E. Reclus en el prólogo a la «Bibliographie de l'Anarchie», de Max Nettlau, libro editado en 1889 y que abarca

(1) Traducción y presentación por la Sección Bibliográfica (Archivos y Ediciones) de la C.R.I.A. (B.A.E.)



un reducido período de la Historia del Movimiento Anarquista—. Hay hoy lugar a repetir la frase de Reclús: «No nos conocemos más que ayer».

Max Nettlau ha sido el historiador dilecto de la anarquía. Más de setenta años hace que comenzó a dedicarse a esta labor inmensa aun apenas desflorada y llena de las más grandes dificultades. De su valioso esfuerzo apenas conocemos algo en lengua castellana. Y este algo lo constituyen varios volúmenes y una cifra difícilmente numerable de artículos. Y triste es constatar que, aun siendo pocas sus obras vertidas al castellano, comparándolas con el inmenso caudal de materiales producidos con su esfuerzo, es precisamente en esta lengua en la que más y mejor se le conoce, exceptuado el alemán.

Desde hace un par de años nos dedicamos, un grupo de compañeros de diferentes países, a revivir y continuar la obra bibliográfica de Max Nettlau. Lo consideramos fundamental para el conocimiento de nuestras ideas y para su divulgación. Pero esta labor resultará imposible de realizar si no se llega a contar con el apoyo y con la afición de un número cada vez más creciente de compañeros. Contamos como necesidad indispensable la de desempolvar los manuscritos dejados por M. Nettlau en diversas Bibliotecas y Archivos esparcidos por el mundo, al objeto de librarlos a la circulación. Carecemos hoy de recursos para dedicarnos a esta tarea. Recursos para dedicar un compañero, por ejemplo, a la investigación, clasificación, detalle, presentación, traducción de los materiales depositados en Amsterdam. Recursos para la edición de estos materiales una vez discriminados, escogidos y aplicados a los estudios parciales realizados por Nettlau respecto a cada país. Recursos para la traducción y edición de su obra cumbre, su *Historia de la Anarquía*, que no puede quedar relegada a la acción demoledora de los años y de la polilla.

Los trabajos que vamos realizando y dando a conocer a través de CENIT, en lengua española, y de «Volontà», en lengua italiana, son algo así como un incitante, como un lazo de sugerencias lanzado a la atención de los compañeros. Para muchos de estos trabajos—contamos con varios en preparación—recurrimos al aporte valioso que nos ha dejado Nettlau. Otros de ellos deben ser realizados desde la base, sin contar con materiales de referencia, debiendo acudir a las fuentes de cada materia o cuestión. Esta labor requiere esfuerzos inimaginables, una voluntad sin decaimientos y un apoyo con el que apenas contamos aún. Requiere el concurso general de todos y cada uno de los militantes del anarquismo. Requiere que todos y cada uno de estos militantes nos preste el aporte de su colaboración. Colaboración que consiste, en primer término, en la prestación de materiales y en la indicación segura de los lugares en que los materiales puedan ser hallados; en la crítica y en la corrección aplicada a los propios trabajos que vamos presentando, trabajos difícilmente completos, pero que pueden irse enriqueciendo y completando mediante la atención y el aporte de datos complementarios; en la aportación de fondos o en la posibilidad de medios para la edición o para la publicación de los materiales reunidos. De no publicarse estos materiales, de no ser puestos en circulación, jamás podrán ser conocidos y difícilmente serán completados.

Tenemos, pues, que agradecer la atención de los compañeros de CENIT, que nos prestan tan acogedor apoyo y que nos permite abrigar la esperanza de que en un próximo mañana será posible la continuación eficiente de la obra iniciada por M. Nettlau y la edificación seria, documental y no imaginativa, de la Historia de la Anarquía.

Por la Sección Bibliográfica de la C.R.I.A. (B.A.E.),

ILDEFONSO.

19 de julio de 1953.

*Bibliografía de publicaciones: periódicos, revistas, números únicos de publicaciones anarquistas aparecidos en lengua italiana, desde el 1914 hasta el 1952 inclusive.*

## PREAMBULO

La presente Bibliografía comienza en 1914. No obstante se hallarán mencionadas en ella algunas publicaciones que se remontan a principios de siglo. Se encontrarán todas aquellas publicaciones que tuvieron vida continuada por largos años y que desde principios de siglo han llegado al 1914 y más allá. Y todas aquellas que de una manera u otra se hallan ligadas a otras publicaciones que aparecieron en 1914 y de las que era necesario hablar para presentar con mayor claridad el propio desarrollo de éstas.

Sería simplemente vano pretender que la presente Bibliografía, no obstante los esfuerzos realizados, pueda ser considerada como completa. No la consideramos exenta de errores y con seguridad ofrece más de una laguna, alguna de las cuales es imposible colmarla hoy, mal que nos pese.

La recopilación y redacción de la presente Bibliografía ha sido extremadamente difícil, no solamente por el hecho de las dos guerras que han pasado con su obra destructora. Ha de tenerse en cuenta que entre la una y la otra han pasado más de veinte años de fascismo, durante el cual se ha hecho desaparecer muchísima documentación. Por otra parte, las características de la propia lucha, durante el período del fascismo, han impuesto un sello particular a muchas de las publicaciones anarquistas. Estas se han visto obligadas a aparecer clandestinamente o en el exterior. En ocasiones ha aparecido un solo número al ser truncadas incluso por la reacción local. A causa de este hecho a muchos de los periódicos que registramos les faltan datos concretos. No poseemos exactitud en cuanto a la fecha de su publicación, número o números aparecidos. En algunas ocasiones he logrado solamente reconstruir una fecha aproximada, teniendo en cuenta los acontecimientos de la época. En cuanto a ciertas publicaciones, ha sido difícilísimo el llegar incluso a calcular una fecha aproximada. De todas maneras, tengamos en cuenta que en estos casos, y en lo que respecta a este género de trabajos, lo importante es poder iniciarlo. Sobre la base primera se podrá luego corregir, ampliar y completar lo que se considere olvidado o ignorado, haciendo las aclaraciones y rectificaciones necesarias.

La presente edición contiene ya muchas correcciones y precisiones que completan la primera, publicada en italiano en la revista «Movimiento Operario», números 7, 8, 9, 10, 11 y 12, desde abril a septiembre de 1950. Confiamos que mediante nuevas informaciones, nos sea permitido el fijar definitivamente los datos que faltan y colmar las lagunas que aún pudieren quedar.

## PUBLICACIONES APARECIDAS EN ITALIA

1.º «L'Università Popolare». Revista quincenal de vulgarización científica. (Mantova-Milán). Inicia su publicación en Mantova el 15 de febrero de 1901 y lleva el simple subtítulo de «Revista Mensual». Hacia el 1907 es trasladada a Milán y su director, el abogado Luigi Molinari, propugnador de la «Escuela Moderna Francisco Ferrer», lanza la iniciativa por la realización de esta labor en Italia.

La revista, continuando en su carácter particular de divulgación científica, transforma su subtítulo por el «Boletín de la Escuela Moderna de Milán». Se publica entonces en 16 páginas y ve la luz ininterrumpidamente durante 18 años, hasta la muerte de su director y animador, sobrevenida el 12 de julio de 1918, en Milán. El último número de la revista es de 46 páginas, lleva fecha del 30 de septiembre de 1918, como numeración, los 6, 7 y 8, y se halla enteramente dedicada a la memoria de su fundador. Durante los años de la guerra, cuando toda la prensa anarquis-



ta había sido suspendida, Molinari había logrado mantener la publicación de la revista. Incluye en ésta «Mi diario de la guerra», en el cual recoge y anota todo cuanto se publicaba contra la guerra en el campo socialista en general y en el anarquista en particular. Este «Diario de la guerra» constituye actualmente una importante fuente de documentación.

2.º «Il Libertario». Periódico anarquista semanal (La Spezia). Inicia su publicación el 12 de julio de 1903, bajo la dirección de Pasquale y Zelmira Binazzi. Continúa en su aparición regular hasta fines de abril de 1916, época en que el comandante de la plaza fuerte de La Spezia, almirante Umberto Cagni, decreta su supresión por «medidas de seguridad nacional».

Después de haber publicado algunos números clandestinos, de acuerdo con los anarquistas de Milán, la Administración de «Il Libertario» da vida al periódico «Cronache Libertarie».

Liberados del «domicilio forzado» a que les habían sometido las autoridades militares de La Spezia, los dos ex redactores de «Il Libertario» reemprenden la publicación semanal del periódico a partir de principios de 1919. En los meses de abril, mayo y junio de 1921, apareció dos veces por semana a causa de que los fascistas asaltaron la redacción y «empastelaron» la imprenta de «Umanità Nova», que aparecía como diario en Milán. Entonces se agregaron a la redacción de «Il Libertario» los redactores del diario que habían quedado en libertad.

A fines de 1923 los fascistas destruyeron completamente la redacción e imprenta de «Il Libertario» y queda suspendido definitivamente. Sus colaboradores, durante el largo período de su existencia, fueron: Roberto D'Angio, Sante Ferrini (Folgorito), Guglielmo Boldrini, etc. En torno al periódico surgió una iniciativa editorial, la que llegó a publicar las obras completas de Pietro Gori y una cantidad innumerable de folletos.

3.º «Cronache Libertaire». Periódico anarquista semanal (La Spezia-Milán). Redacción, Milán. Administración, La Spezia. Después de la prohibición de «Il Libertario», en abril de 1916, la administración y la redacción se ponen de acuerdo con algunos militantes anarquistas de Milán para publicar un nuevo periódico. En agosto del mismo año, inicia su publicación «Cronache Libertarie», bajo la dirección de Leda Rafanelli y de Carlo Molaschi, continuando su aparición hasta octubre del mismo año.

4.º «L'Avvenire Anarchico». Periódico anarquista. Semanal. (Pisa). Inicia su publicación con un número de ensayo. Se llama «L'Avvenire» y aparece el 1 de mayo de 1910 a cargo de los anarquistas de Pisa. A partir del segundo número se le agrega el subtítulo, en carácter más pequeño que el título. Su primer redactor es Paolo Schicchi. Pero son muchos los que en el curso de sus doce años de aparición se alternaron en su redacción. Entre éstos recordamos a Virgilio Mazzoni, Gino del Guasta, Siglich (Renato Souvarine), etc. La publicación continúa sin interrupción desde mayo de 1910 hasta octubre de 1922. En aquella época los fascistas asaltan dos veces seguidas la redacción y la imprenta, la incendian y devastan finalmente haciendo imposible la continuidad de su publicación. Durante la guerra de 1914-18, a pesar de que sus columnas pasan bajo el control inexorable de la censura preventiva, logra ser uno de los poquísimos periódicos anarquistas que logran

ver la luz siguiendo y comentando los acontecimientos. Pero, sobre todo, es en el inmediato de la post-guerra que este periódico adquiere una importancia y un valor particular a consecuencia de las polémicas entre bolcheviques y anarquistas, en torno al desarrollo de la revolución rusa.

En el curso de 1910, su título es «L'Avvenire», con el subtítulo de «Anarchico». Se modifica completamente la cabecera en 1912. Entonces se convierte en «Anarchico» y lleva como subtítulo «Periodico settimanale di propaganda, di polemica e di battaglia». En 1922, con fecha 23 de junio, aparece un número como suplemento del 24. Se trata de un número especial que lleva como título «Le nostre documentazioni», e inserta los materiales de una polémica entre el redactor de entonces, Renato Siglich y otros militantes, entre quienes se encuentra Temistocle Monticelli.

Los colaboradores más asiduos de este periódico son: Ilario Margarita, Ilario Bettolo, Auro D'Arcola, Hugo Treni (Ugo Fedeli).

5.º «Vir». Revista mensual. Firenze (Florencia). Se publica en 1909. Aparecen solamente seis o siete números en gran formato y bellamente imprimidos e ilustrados. Es de tendencia individualista. Cesa su aparición debido a que sus redactores, G. Monanni y Leda Rafanelli, se trasladan a Milán, donde dan vida al periódico que se señala a continuación (número 6).

6.º «La Rivolta». Semanario anarquista. Milán. Inicia su publicación en ocho páginas, en enero de 1910. Tendencia anarquista-individualista. Publica estudios muy serios e importantes. A partir del número 30 aparece quincenalmente, modificando su subtítulo por el de «Quincenario Individualista». Cesa de aparecer en 1911. Redactores: G. Monanni y Leda Rafanelli. Colaboran: Giosué Clerici, Marcelo Marcellini, Oberdan Gigli, etc.

7.º «La Sciarpa Nera». Revista anarquista mensual. Milán. Aparecen solamente cuatro o cinco números en 1910. Se trata de un suplemento mensual del periódico «La Rivolta», redactado por G. Monanni y Leda Rafanelli. Colaboran Mario Gioda, Marcelo Marcellini, G. Clerici y Oberdan Gigli.


8.º «Il Giornale Anarchico». Semanario anarquista. Milán, 1912. Aparecen solamente tres números. Los tres son secuestrados y los redactores procesados. El gerente responsable es condenado por un pequeño artículo que intenta pasar como un cuento oriental y que tiene como título «Dobbiamo ucciderlo!» (Debemos matarlo). Redactor, Augusto Norsa.

9.º «La Libertà». Semanario anarquista. Milán. Inicia su publicación el 1.º de marzo de 1913. Cuenta con ocho páginas y se clasifica entre revista y periódico. Es la consecuencia y la continuidad lógica de «Vir», «La Rivolta» y «L'Sciarpa Nera». Continúa publicándose hasta el momento en que se impone su suspensión por el hecho de que sus redactores se niegan a tomar las armas y a participar en la guerra. Su último número lleva la fecha 7 de abril de 1915. Durante los tres últimos meses aparece solamente en cuatro páginas. Redactores: G. Monanni (G. Aretino) y Leda Rafanelli. Colaboradores: Emile Armand, Libero Tancredi, Carlo Molaschi, Guido Cetti, Giosué Clerici.

Ugo FEDELI

(Continuará).





## Poetas de Ayer y de Hoy

### LA FORTALEZA

Asciende hasta las cumbres y haz que la grandeza  
de tu alma se ore con los vientos más puros;  
sobre la tierra estéril y roquedales duros  
construye para ti tu última fortaleza...

Hazla sobre el inmenso orgullo de las cimas,  
inaccesible y áspera, aislada y sin caminos;  
para cerrar el paso a curiosos peregrinos  
construye tu recinto al borde de las simas.

Hazla para ti sólo. Y sobre la maciza  
puerta de hierro esculpe tu mágico blasón;  
tan sólo una palabra tu estirpe simboliza;  
sobre el umbral marmóreo escribe sólo «Yo».

Y ciérrala al posible pasaje de las gentes;  
monumento granítico de altiva soledad...  
Y consagra tu vida entera a la Verdad  
tallando en alma viva pensamientos ingentes.

Canta la libertad inmensa de las cumbres,  
y que el viento ¡oh poeta! al llevar tu canción  
la repita sin tregua de nación en nación  
y sea himno y antorcha de clamorosas lumbres.

Tu patria eres tú mismo. Tú eres Dios y eres Todo...  
Proclama esta verdad solemne, sola y única...  
Envuelve tu alma en ella como una blanca túnica  
y no permitas nunca que la salpique el lodo.

Haz flotar la verdad por sobre tus almenas,  
que sea como una estrella que al firmamento sube,  
en la clara mañana de sol, sin una nube,  
de tu alma magnánima, limpia de odios y penas.

Solo en tu fortaleza. Divinamente solo.  
Exilado en tus sueños como sobre una estrella,  
Haciendo de tu vida la obra sublime y bella...  
¡Solo bajo el azul y el cántico de Eolo!

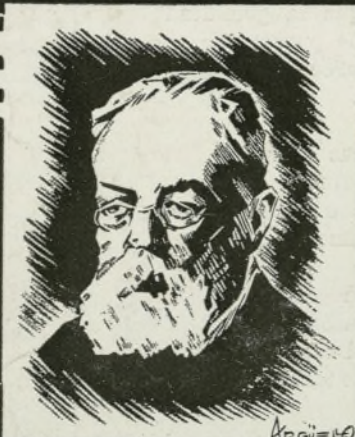
Canta el amor sublime que se funde en tu pecho  
como sobre una fragua un precioso metal;  
canta el amor — utópico y divino ideal —  
y que tu canto ahuyente la alimaña en acecho.

Benito MILLA



Anselmo Lorenzo

# EL PROLETARIADO *Militante origen del* Sindicalismo



Ediciones MLE-C.N.T.

## EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por Anselmo LORENZO. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, 250 francos.



Pedidos a «CNT»

4, rue Belfort, TOULOUSE

C.C.P. 1197-21 — Toulouse

### “La C.N.T. en la Revolución Española”

por José PEIRATS

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCESOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: 700 francos

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.P. 1197-21. TOULOUSE (H.-G.).

80 frs

Ayuntamiento de Madrid